

Año IV.—Núm. 93
15 Mayo 1923.

La elegancia y la belleza de la señora de Solms hallaron feliz intérprete en el pincel de José Pinazo. Pertenece doña Sara Guihène Davids a una distinguida familia belgo-francesa, y en los varios años que lleva residiendo en Madrid, en unión de su esposo, el señor W. J. Solms.— súbdito español de brillante posición,— ha sabido conquistar la simpatía de la sociedad madrileña. Su residencia de la calle de Lista es un verdadero museo de obras de arte. Pero entre todas estas bellezas destaca siempre la juvenil de la elegante dama.

VALERA, HOMBRE DE SOCIEDAD Y ESCRITOR ARISTOCRÁTICO

En la Universidad de Oviedo ha dado una notable conferencia sobre D. Juan Valera, su vida y sus obras, nuestro ilustre colaborador D. Luis Araujo Costa. En la conferencia, que fué muy aplaudida, hay unos trozos dedicados a estudiar la personalidad del famoso novelista como hombre de sociedad y escritor aristocrático. Juzgamos de gran interés para nuestros lectores reproducir esos párrafos. Dicen así:

VALERA ES un hombre de mundo, de sociedad, de salón. Hasta la vispera de su muerte gustó de lo que en España llamamos tertulias y en Francia salones, y ya ciego, viejo, cubiertas las piernas con una manta, se rodeaba de poetas y escritores en su casa madrileña de la cuesta de Santo Domingo. La calidad de persona sociable o cortesana entra de lleno en la más pura tradición de clasicismo. Por lo menos en los países latinos, los periodos de apogeo literario coinciden con la sociabilidad más exquisita. Virgilio y Horacio amenizan con su ingenio la mesa del favorito de Augusto, que ha dejado su nombre de Mecenas, como símbolo de protección a letras y artes.

En la Edad Media aparecen las cortes de amor—corte, tertulia, salón, viene a ser la misma cosa—; el Renacimiento puebla de Academias a Italia y a España, y cuando más tarde, en el siglo xviii, Francia reivindica el cetro de la intelectualidad, en los salones se depura el humanismo y en las *ruelles* de las preciosas no ridículas aprenden los hombres educación perfecta y se engendra la amenidad sobre las ruinas del pedantismo.

En los salones parisienses de mediados del gran siglo hallaremos el espíritu que ha de dominar a Valera. Don Juan es ejemplo, a dos centurias de distancia, de una frase de Corbinelli, que viene a decir: el antídoto contra el pedantismo está en el trato del gran mundo; sabio es quizá lo contrario de pedante. La alta sociedad fué casi siempre en Francia enemiga del pedantismo. Los estudiantones de la Universidad, que sueltan a cada paso, sin entenderlas, frases griegas y latinas, no tienen acceso junto a las bellas damas que imponen el buen gusto en materia de saberes, abominan de la erudición fatigosa, inútil, de segunda mano, y se instruyen y deleitan con la ciencia digerible y de buen tono de Vaugelas, Godeau, Voture, Chapelain, el mismo Menage. En cuanto el preciosismo degenera en ridiculez (Molière no se burla de las preciosas, sino de las «preciosas ridículas») el gran mundo, la *bonne compagnie*, toma otro carácter, sigue diferente camino, y contra las exageraciones preciosistas de Mme. de Bonchavannes o Mme. de Brégis se alzan los mundanos, Cotin, Somaize, Saint-Evremont, y, lo que es de señalar más especialmente, Molière y Boileau flagelan con su sátira las deformaciones del perfecto tipo de cortesano que dan Baltasar Castiglioni y el jesuita español Gracián. Valera tiene muchos puntos de semejanza con Castiglioni, y de vivir en el siglo xviii diríase que en él había pensado Gracián al componer algunas páginas de su *Discreto*.

El siglo xviii es en Francia el siglo de los salones. Lo inauguran la corte de Sceaux de la duquesa de Maine y los salones respectivos de Mme. de Tencin y Mme. de Lambert, y lo acaban, antes de la Revolución, los cenáculos de la Geoffrin, la du Deffand y Julia de Lespinasse. Hombrés de salón son Fontenelle y Voltaire. Creo que si el último no hubiese pasado por la historia del pensamiento universal, ni Valera, ni Cánovas tampoco, serían lo que fueron. El autor del *Cándido* entra por mucho en la formación y contextura intelectual de Valera y de Cánovas, sin ue esto sea decir que le imitasen y



Don Juan Valera en su juventud.

sorbieran el seso sin tasa ni medida. Voltaire es otro enamorado del gran mundo, como lo es Goethe y como no deja de serlo tampoco una iniciadora del romanticismo: Mme. de Staël. De Arouet, que aprende cortesanía, siendo niño, en el salón de la ya entonces anciana Ninón de

Lenclos, y se acredita como dueño de casa en Cirey y Fernéy, dice Barbey d'Aurevilly pue es «gran duque» por el espíritu. «Gran duque» es también Valera, y acaso por esta condición de su temperamento, adquirid^a en el trato de la buena sociedad, se distingue de otros ingenios con gustos y erudición análogos a los que él tenía. La distancia que media entre D. Juan y nuestros escritores del siglo xviii, empezando por Feijóo y acabando por Moratin y el abate Marchena, es la misma que separa la burguesía de la aristocracia, si se entiende por aristocracia una selección que forma la estética, sin despreciar los dos principios de la sangre y el dinero. He insistido sobre el carácter mundano de don Juan Valera, porque él explica la razón suficiente de muchas de sus ideas y de sus obras. Su enemiga del romanticismo y del naturalismo es un escrúpulo mundano. Como a hombre que gasta camisa limpia y se afeita y se baña a diario, le asquean los *Miserables* de Víctor Hugo, ni más ni menos que al citado Barbey d'Aurevilly, tan diferente, tan antagónico a Valera, aunque ambos se parezcan en lo gran señor, en el prurito de lo selecto.

Valera soporta mal que en la traducción francesa de *Otelo* se traduzca la palabra *handkerchief* por *mouchoir*, que ya signifique moquero, ya recuerde a las moscas por su etimología, no responde en ninguno de los casos a una idea limpia, como en inglés. También Barbey abomina del *Quijote*, porque no puede tolerar en Sancho Panza el olor a ajos y los refranes. En este punto de aristocratismo Valera y Barbey se despiden para no volverse a encontrar jamás.

El buen gusto hácele al traductor castellano de *Dafnis y Cloe* apartarse de los enciclopedistas y del seudo clasicismo francés, aquí cultivado por los Moratines y los discípulos de Luzán. En el clasicismo de la nación vecina hay unos adarques del espíritu de la Reforma—no olvidemos cómo se contagiaron de ella en su formación mental, no en su credo religioso, Margarita de Navarra y Marot, ni echemos en saco roto a Calvino ni la educación jansenista de Pascal y de Racine—, motivo bastante para que Valera proteste, en términos bien precisos, contra toda sospecha que pudiese afiliarle el clasicismo español del siglo xviii, que se prolonga hasta la muerte de Fernando VII, poco más o menos.

Si Valera ejerce escasa influencia sobre los literatos posteriores, se debe quizá, entre otras causas, a la invasión de la democracia en las costumbres españolas, la ausencia de espíritu aristocrático y cierto ambiente de vulgaridad que, por desdicha, nos domina a partir del motin de Aranjuez. La semilla que nos traía Valera era de tan excelente calidad como aquella otra que sirvió a los franceses Andrés Chénier. Chénier y Próspero Mérimée entran por mucho en las influencias literarias que se van ejerciendo sobre el joven diplomático. No así Stendhal, hombre de acción en todo y sobre todo. No comprendo a Valera escribiendo el *Rojo y negro* o la *Cartuja de Parma*. La facultad maestra de Stendhal es la de psicólogo; la de Valera, su condición de artista. Beyle llega al arte por la psicología; el autor de *Pepita Jimenez* encuentra la psicología como expresión de arte, o, mejor dicho, de belleza. Fuera de esto, para compa-



Interesante grupo hecho en el balneario de Santa Agueda, en 1868. Don Juan Valera, don Antonio Cánovas del Castillo, don Alonso Messía de la Cerda, doña Ramona Valera de Messía de la Cerda, marquesa de Caicedo; don Juan Messía de la Cerda y doña Ana María Becerra y Bell y sus hermanos. Fot. Pradere. (Mondragón.)

rar a Stendhal con Valera habría que seguir un procedimiento negativo y de exclusiones... No eran románticos en época de romanticismo; no se ajustaban a patrones consagrados; no seguían modas artísticas y literarias. Por lo demás, Valera fué impermeable a los autores favoritos de Stendhal: Helvétius, Condillac, Diderot. En cambio, los poetas románticos de la primera época no suelen dejarle impasible. Si no por el fondo, muchas poesías de Valera son románticas por la forma. La intitulada *En la tumba de Laureta* va escrita en estrofas bermudinas, así llamadas por el nombre de su inventor, D. Salvador Bermúdez de Castro, duque de Ripalda y marques de Lema. Otras poesías las escribió su autor en octavillas italianas. Las que imitan a lord Byron podrían pasar como de Espronceda.

Claro está que en punto a métrica no hay mucha diferencia en español entre clásicos y románticos. La misma estrofa bermudina es una variante de cierta combinación de versos y de sílabas que ya empleaba Arjona; y si buscamos en la musicalidad el mérito de las poesías, convendremos en que los clásicos se llevan la palma. Pocos románticos logran la dulzura de Garcilaso y Villegas. En español la anacreóntica es cifra de melodía y regalo de los oídos, lo cual no es obstáculo al clasicismo que la informa y da carácter. En la *Fábula de Euforión*, inspirada, como puede colegirse, en el *Fausto* de Goethe, pone Valera un coro de ninfas en versos sáficos y un himno en líras a la manera de Fray Luis de León. Los mismos versos sáficos le sirven para imitar a Lamartine. Otras veces emplea el romance, la octava real, el soneto... En sus parafraisis de poetas latinos alcanza perfecciones inimitables, sabrosas a todo paladar delicado. ¿Quién no recuerda la *Velada de Venus*, de un autor anónimo del siglo de Augusto? ¿Y aún se regatea el dictado de poeta a quien de tal modo sabe sentir y expresar la más alta poesía y los sentimientos más sutiles y nobles de una época intensamente refinada? Valera no es poeta popular. Si no remonta su vuelo de águila, como Zorrilla, hasta perderse entre las nubes, profundiza hasta lo más hondo del ser humano—conste que generalizo y no digo su propia alma—, y así en su obra poética hay toda una doctrina filosófica, como reconoce Menéndez y Pelayo, que une sus alabanzas a las que tributaron al Valera poeta hombres de la magnitud mental de D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Aureliano Fernández Guerra y don Narciso Campillo.

Don Juan es ecléctico en las poesías que compuso. Su clasicismo no excluye las corrientes que pueden combinarse con los moldes clásicos sin destruirlos ni alterarlos, y el mismo numen que comenta y parafrasea a Virgilio vierte al español a Heine y Victor Hugo. De no haber sido Valera crítico, novelista y hasta filósofo, ocuparía un lugar en nuestra literatura como poeta. Menos poetas que él fueron otros y, por ser poetas, se llevaron fama. Desde luego, Valera está a cien codos de altura sobre Fray Diego González y José Iglesias de la Casa. Sin ex-

tremar mucho la buena voluntad, pudiera dársele un puesto junto a Meléndez y Lista, porque, confesaré o mi pasión o mi ignorancia, encuentro en los dos tomos de poesías de Valera algunas estrofas superiores a las que dieron gloria a Zorrilla en el entierro de Larra.

Valera no es inferior en sus versos a muchos vates de la escuela de Sevilla del siglo XVI, sin excluir a Céspedes Arguijo y Jáuregui, pues siente y expresa la vena clásica como Villegas o Gil Polo y es espíritu más firme y mejor nutrido que Barahona de Soto o Pedro de Quirós.

Sería necesaria una rehabilitación de Valera como poeta. Los franceses, más cuidadosos de que no se borren ni disipen sus glorias, estudian a cada uno de sus grandes hombres en cuantos aspectos abarcó su actividad, y por ello leen, admiran y comentan las *Poesías de Joseph Delorme*. Sainte-Beuve no es sólo el crítico: es el poeta, es el autor de *Volupté*, novela que no

nadie se imagina en Grecia el libro de Job? Valera, tan limpio, guardará para sí los ayes de dolor. El prójimo tiene derecho a las hermosuras físicas, intelectuales y morales, y a que le evitemos por educación, buen gusto y exigiéndole mutua reciprocidad, el espectáculo de angustias, dolores, miserias y cosas repugnantes, de cuya contemplación no sacaremos nunca provecho, en punto a cultura y perfeccionamiento del espíritu.

No fué Valera poeta romántico a causa de su exquisitez espiritual. Creía que las lamentaciones no deben transponer los linderos de la conciencia íntima. Que cada uno se queje para sí, pero que nadie muestre sus desencantos, tristezas y mal concepto que los hombres, la sociedad o la misma obra de la Creación pudieran hacerle formar. El optimismo de Valera no reconoce otro fundamento que esta delicadeza de su alma. Es un optimismo subjetivo, poco sincero, un rasgo de hombre de mundo que está siempre presentable y disponible para alternar entre la más escogida y aristocrática concurrencia. No se va a sociedad con gesto avinagrado y con la intención de encoger el ánimo a los circunstantes. Los hombres se reúnen con objeto de olvidar por unas horas lo desagradable de la existencia cotidiana, y no es razón que en tales momentos de descanso, las nerviosidades, amarguras o mal humor de cualquiera, distraiga el bienestar o el encanto que los otros fueron a buscar. En ello se ve mejor que en otras circunstancias la educación de cada uno.

Valera, hombre perfectamente educado, quiso llevar a la literatura su inalterable corrección de diplomático. ¿No es la literatura comercio del autor con los lectores? ¿Por qué no llevar entonces a las letras las normas de la más exquisita urbanidad? Tal hizo Valera. Su frialdad aparente es cortesía; su escepticismo, tolerancia; su clasicismo, simpatía por todo lo depurado, armónico y bello.

El poeta, el novelista y el crítico apartó de sí, en sus relaciones espirituales con el lector, aquella porción de la vida que el buen gusto exige ocultar y escamotear al prójimo.

Por eso algunos le tachan de frío y dicen que no es poeta. Ciertamente, su facultad maestra es la de crítico y analista. Busca la belleza, no con odas o himnos en que el entusiasmo y el corazón dominen, sino desentrañando, separando los elementos psicológicos que componen los actos o el modo de ser general de los individuos y las sociedades. No es constructor, sino anatómico. No le seducen los colores fuertes, ni los rasgos vigorosos, propios para ser vistos a distancia por la multitud. Gusta, por el contrario, de matices, sutilidades y exquisiteces que han de contemplarse en el gabinete silencioso del sabio, o bien en una reunión selecta, de pocos y escogidos ingenios.

Valera no siente lo sublime, pero posee una sensibilidad muy preparada a recibir impresiones sutiles, que además comprende como nadie, fundiendo en un mismo fenómeno la intelección y el sentimiento.



Último retrato del autor de «Pepita Jiménez».

desmerece de las obras análogas de Benjamín Constant y Fromentin.

Lo que repugna a Valera del romanticismo, no es el culto al ideal, la evocación de tiempos caballerescos y la religiosidad especial con que, a partir de Chateaubriand, se revisten los románticos. Tampoco desprecia, ni le pasan inadvertidos, los nuevos moldes que se ajustan a un canon de belleza. Lo que no soporta, él tan aristocrático, tan exquisito, es el afán de lo macabro, el que se hable a cada paso de cadáveres, cementerios y putrefacción; el que se admitan en poesía todas las palabras, por plebeyas que sean; el que novelistas, dramaturgos y versificadores acudan a la historia buscando truculencias disparatadas y de pésimo gusto, sin advertir que con ellas ofenden a la musa Clío, y, sobre todo, la falta de pudor que significa el hecho de mostrar al prójimo llagas y pústulas del alma y del cuerpo. Lo que desagradaba a los ojos y al espíritu debe taparse. Los mendigos que pretenden inspirar compasión poniendo al descubierto la podre que les infesta, son ejemplo de aquel espíritu samita tan diferente del espíritu clásico. ¿A que

de Poix; las duquesas de Medinaceli, Montellano, Mandas, Pinohermoso, Plasencia, Durcal y Santa Elena; marquesa de Atarfe; condesa de Castilleja de Guzmán; condesa de Fontanar, que acompañaba como dama a S. M. la Reina, y señoritas de Martínez de Irujo y de Bertrán de Lis.

También estaba todo el personal de la Embajada, en el que figuraban el consejero y madame de Vienne y los secretarios, con sus señoras.

La Reina D.^a Cristina, que recibió muchas felicitaciones por el éxito de los recientes viajes de sus augustos hijos, se retiró muy complacida de la fiesta de la Embajada.

ECOS DIPLOMÁTICOS

La Reina D.^a Cristina en la Embajada de Francia

En una de estas últimas tardes estuvo la Reina D.^a Cristina en la Embajada de Francia tomando el té con monsieur y madame Defrance.

Fué una deliciosa reunión íntima—celebrada en honor de la augusta dama—, que se vió amenizada por la notabilísima artista rusa Dagmara Renina, a quien el público madrileño podrá admirar el sábado próximo en el teatro de la Comedia, donde se propone dar un interesante concierto.

Ante el selecto concurso reunido en la Embajada de Francia, interpretó la gran cantante deliciosamente canciones de autores rusos tan universalmente aplaudidos como Strawinsky, Musogsky, Krassin, Rochmavinoff y otros, y de autores italianos como Puccini, Mascagni y Bossi.

De músicos españoles cantó páginas de Vives, Falla, Turina y otros, mostrándose siempre consumada artista, de buena escuela y perfecta dicción; pero donde particularmente cautivó al auditorio fué en los cantos populares de su país.

De la concurrencia formaban parte, además de la hija de los embajadores, generala Clark, y de su hermana, mademoiselle Caporal, la Princesa

RECUERDO HISTÓRICO

LA VILLA, LAS RÍAS Y LOS MONTES DE LA SANGRE

IX

MARCIAL BOFETADA

Los prestigios del Marqués del Duero y sus rápidos efectos, tenían por completo desconcertado el Alto Mando faccioso.

Moviendo Concha sus tropas como en un campo de instrucción, las maniobras del 3.º cuerpo, antes del brillante éxito de Muñecaz y después de la bien ganada acción, hacían que el E. M. carlista no pudiese, con acierto, concentrar sus fuerzas en el punto preciso que había de ser atacado. Podían las divisiones del Marqués del Duero, desde el sitio en que campaban, lanzarse sobre la izquierda hacia San Pedro de Galdames, pero podían también avanzar directos a Valmaseda. Y esta duda, sostenida por los movimientos de los soldados vencedores que, desde la tarde del 29 de Abril, constantes evolucionaban en diferentes sentidos; hacía que en los batallones carlistas continuase el desconcierto y estuviesen cada vez más diseminados.

Y entre tanto D. Manuel de la Concha, sereno y vigilante, continuaba inmutable desarrollando su plan.

Con tupida niebla y mucha lluvia amaneció el 29.

Las tropas de Concha, que vivaqueaban en las ensangrentadas cimas conquistadas, empezaron a racionarse al llegar el convoy con las primeras luces del día.

Entre tanto, el General en Jefe, que desde los altos en que sus fuerzas estaban había descendido a la carretera con un solo batallón, situado en la casa llamada de las Muñecaz, procuraba, a través de la espesa niebla, examinar, en el frente, el valle de Sopuerta, y, por la izquierda, las estribaciones montañosas que dominan el valle de Galdames.

Muy poco o nada permitía ver a Duero la brumosa cortina, y así, inspirándose sólo en su propia iniciativa, decidió en el acto avanzar primero recto sobre Abellaneda y después cambiar de frente, girando sobre su izquierda, para lanzarse hacia San Pedro de Galdames. De este modo, apresuraba el envolvimiento de la línea enemiga y unía más sus comunicaciones con las tropas de Serrano.

Mientras, los batallones de la 1.ª y 3.ª división se racionaban, incorporándose al grueso del 3.º cuerpo las fuerzas de Martínez Campos, aprovisionándose a su vez.

Las noticias que se tenían de los facciosos eran confusas. Sabíase que estaban en retirada, afirmando unos que marchaban hacia Baracaldo y otros que se defendían en Abellaneda, conociéndose también la muerte del caudillo carlista Andéchaga.

A la una de la tarde, ya racionadas las tropas, ordenó Concha el avance de la brigada Molina, de la 3.ª división, sobre Abellaneda. «Y habiéndome adelantado — dice Duero — con el batallón en vanguardia, para reconocer el terreno, supe con sorpresa al llegar que el enemigo, no comprendiendo sin duda mi movimiento o tal vez por efecto de la dispersión, había abandonado aquellas posiciones, que me apresuré a hacerlas ocupar inmediatamente.»

Concha puso en conocimiento del Duque de la Torre los movimientos del 3.º cuerpo y se apresuró a continuar el desarrollo de su bien meditado plan de campaña.

En efecto, Duero ordenó al General Echagüe que, sin pérdida de tiempo, marchase con 12 batallones por la cresta de la cordillera que domina todo el valle de Galdames.

«Esta operación», escribe el Jefe de E. M. Vega Inclán, tanto más difícil cuanto que se practicó en medio de un temporal de agua y niebla, por

terrenos escabrosos y en la obscuridad más completa, quedó felizmente terminada a las doce de la noche, vivaqueando Echagüe con sus tropas en aquellas posiciones.»

Desde este momento la línea enemiga del Somorrostro queda envuelta y protegida la marcha que, al día siguiente, habían de hacer las tropas del Marqués del Duero sobre las crestas de San Pedro de Galdames.

Poco después llegaba al Cuartel General el Vice-Almirante Topete a conferenciar, en nombre del Duque de la Torre, que se encontraba en Montellano, con el Marqués del Duero. No tardó en regresar el Ministro de Marina al lado de Serrano, enterado de la dura ocupación de



Abastecimientos carlistas.

las alturas por el General Echagüe, del próximo movimiento que debía de efectuarse y de la necesidad de apoyo, al 3.º cuerpo, por parte del 1.º y del 2.º y de las fuerzas de la Marina.

La situación del Ejército carlista de la derecha era gravísima, y si con rapidez vertiginosa no obraba Elio, ocupando y resistiendo después heroicamente sus fuerzas en el macizo de San Pedro de Galdames, Dorregaray estaba perdido, y sin tiempo para efectuar la retirada, el Marqués de Eraul y sus bravos batallones tendrían que rendirse.

Fué la noche del 29 al 30 de Abril de completa actividad en los dos campos, liberal y carlista. Febriles movimientos realizaban los soldados de Concha y activísimos también se movían los facciosos.

Situado en Güeñes, debía ya Elio, en vista de los hechos, de abandonar su equivocado criterio sobre el verdadero punto de ataque del Marqués del Duero; pero la duda no acababa de desaparecer en el viejo caudillo, obsesionado siempre con los diversos movimientos de las tropas de

Concha, por un avance de Duero sobre Valmaseda. Y así no hubo de apresurar, cuanto debía, la marcha de los batallones a los amenazados montes, tanto más cuanto que, en su equivocación, el Jefe faccioso de E. M. había desguarnecido casi totalmente la sierra de San Pedro de Galdames. Pudieron defenderse, al fin, en esta noche de ansiedad las codiciadas crestas, pero no por el número de hombres que hubiese sido preciso.

Por su parte Concha, comprendía que era necesario ganar, no sólo los minutos, sino los instantes, si los defensores de Mantres y de Abanto habían de quedar encerrados entre el mar y la ría de Bilbao.

Concentrado todo el 3.º cuerpo, en las primeras horas del 30, era preciso el raciocinarlo, para después, sin dilación, emprender de nuevo la marcha.

Duero pide el convoy. No ha llegado. Fuera de sí Concha, llama al Mariscal de Campo D. José de los Reyes, Jefe de la 3.ª división y encargado de los abastecimientos del 3.º cuerpo.

—¡General! — le dice —. ¿Dónde está el convoy?

—Mi General, no lo sé — replica Reyes.

Ciego de ira Duero, ante la respuesta de su subalterno, le da tan tremenda bofetada que Reyes queda tendido en tierra y sin sentido...

—¡Campos — grita casi en el acto el General en Jefe —, un ayudante que vaya en busca del convoy!!

—¡Polavieja — grita a su vez el Comandante de la 2.ª división —, vaya usted en busca del convoy!!

Salta sobre su caballo él, entonces Teniente Coronel ayudante de Martínez Campos, y a toda brida desaparece en la sombra... Al amanecer empiezan a llegar los primeros carros y acémilas, y con ellos también van apareciendo cuatro batallones que custodian el convoy.

El racionamiento hubo de hacerse, forzosamente, con gran lentitud, y eran las dos de la tarde cuando pudo emprenderse otra vez la marcha. Dejando en el valle la artillería Krup, por la aspereza del terreno en que había que operar, siete batallones avanzaron pasando el de-filadero.

A las cinco y media estaban ya las tropas frente a las formidables alturas de San Pedro de Galdames.

Dos escarpados cerros que forman angosta garganta, en cuyo fondo se encuentra el pueblo de San Pedro, eran el abrupto terreno en que el enemigo se concentraba para salvar del desastre a sus hermanos de armas.

Reconocidas por Concha las nuevas posiciones de los facciosos, sin pérdida de tiempo, ordenó al 1.º de Soria marcharse a hacer suyo el monte de la derecha, llamado Pico de Erezala, el más elevado y dominante, y a Martínez Campos que, con el 1.º de Marina, el 2.º de Tetuán y el 1.º de Ramales, se lanzase a ocupar la cima de la izquierda, denominada Pico de la Cruz. A la caída de la tarde empezó el ataque bajo torrentes de lluvia.

Desde la mitad de la subida — dice el Coronel Astorga, ayudante del Marqués del Duero —, empezó un tiroteo de guerrillas que fué tomando cuerpo con los refuerzos que recibía el enemigo, y antes de terminar el crepúsculo se había convertido en un combate formal.

El General Martínez Campos, al atacar el pico de la izquierda, encontró, al parecer, fuerzas muy superiores, entablándose una lucha desigual, cuyas dificultades venían a aumentar la noche, el agua y lo bravío del terreno.

Siempre en el puesto de mayor peligro, Campos subía con sumo trabajo aquellas empinadas laderas, seguido de sus batallones. Pero el fuego del enemigo se multiplicaba. la fatiga de las tropas era grande y con las fuerzas que llevaba

era vano intento el cruzar aquel volcán en constante erupción y llegar a la cima. Fué preciso, para dar descanso a los soldados, suspender el avance y limitarse a sostener la posición donde se había llegado, para poder después restablecer el combate.

«La derecha, con más fortuna, reforzada por un batallón de León, al mando de su bravo Comandante D. Eduardo González, que substituyó al herido Coronel del regimiento, avanzó, siempre con un fuego bien sostenido, venciendo todas las dificultades que el enemigo le oponía; y en medio de la obscuridad de la noche, que hacía resaltar más la línea de fuego que, a manera de cinta rodeaba el vértice de la cónica montaña, consiguió, después de grandes esfuerzos de arrojo y de firmeza, coronar, a las diez, las escarpadas cúspides de aquellas casi inaccesibles alturas, sobre las cuales, todavía, tuvo que sostener un combate de media hora.»

Dominada la cima que los facciosos defendían en la izquierda, al ocupar Soria y León la cresta de Erezala; las fuerzas de Martínez Campos reanudan la lucha. Otra vez el 1.º de Marina, el 2.º de Tetuán y el 1.º de Ramales, 2.000 bayonetas, con su General al frente, trepan a la asiada cumbre...

Los Cruzados y el Ciz reciben la avalancha a hierro y fuego. Con furia desesperada arrojanse unos sobre otros, carlistas y liberales, y los hombres se degüellan, se muerden y se ahogan. Épica es la resistencia facciosa, pero envueltos por fin y abrumados por el número los castellanos, da su Jefe, el bizarro Solana, la orden de dispersión, y corren casi todos en dirección a So-
dupe.

Al retirarse los carlistas de ambos, tan bravamente defendidos picos, y al poner el pie los victoriosos soldados de la 2.ª división en el alto de la Cruz, dan las tropas de Martínez Campos el primer grito de ¡Viva Alfonso XII!, que sorprende a los facciosos en su huida, estremece a España y repercute en Sagunto.

Entre tanto, a la izquierda, por Abanto y Somorrostro, oíase también el fragor de la pelea, el estampido de los cañones, las descargas de fusilería, el toque de las cornetas, la activa parte que tomaban al fin de la operación el 1.º y 2.º cuerpas. En el mar hacía oír la Marina sus cañones. Un desgarrón de las nubes mostraba la empañada luna, que iluminaba las ensangrentadas rocas y las postrimerías de las batallas.

A las diez y media había terminado la acción

y el Marqués del Duero se encontraba, con su 3.º cuerpo, completamente retaguardia de las líneas carlistas, cuya situación era insostenible.

Concha hubiera querido emprender de nuevo la marcha; pero era imposible; mucha parte de sus fuerzas estaban rendidas y el convoy, por efectos del temporal, que trocaba en lodazales los caminos, no había llegado.

«Ya era la una de la tarde del 1.º de Mayo — relata D. José de Castro, ayudante de Duero — y no había sido posible ponerse en movimiento. El General conocía mejor que nadie la importancia del tiempo; no se le ocultaba que, para llenar por completo el objeto de las operaciones, era preciso llegar sobre Bilbao a tiempo de impedir al enemigo su retirada sobre el Cadagua, y adoptó una de esas resoluciones tan oportunas como enérgicas.

El convoy de carretas que conducía los víveres y las municiones de reserva, recibió



Hacia los Altos de Santa Agueda.

orden de retroceder a Mercadillo y Somorrostro custodiado por dos batallones, y el 3.º cuerpo quedó sin otras municiones que las de repuesto, que al lomo llevaban las acémilas y en las cartucheras las tropas, y sin más víveres que los que en los morrales podían llevar los soldados.»

El Marqués del Duero se puso así en movimiento con la 1.ª división, uniéndose en las conquistadas alturas con la 2.ª y 3.ª.

Por senderos casi impracticables y por espacio de varias horas, desde San Pedro de Galdames hasta los Altos de Santa Agueda, marcha-

ron aquellos infantes y aquellos artilleros, 23 batallones y 20 piezas Plasencia, a la desfilada, muchas veces de uno en uno y teniendo, con frecuencia, que descargar los cañones para trasportarlos a brazo.

Transcurrió la tarde y cerró la noche avanzando las tropas por la vertiente de una cordillera que, por la derecha, sus cumbres ocultan a Bilbao, descubren en el centro estrecho y profundo valle y por la izquierda se eleva en nuevas y sucesivas alturas.

El paso por tan abrupto desfiladero hubiese sido imposible de no estar tan por completo derrotado el enemigo.

Las primeras columnas y con ellas el General en Jefe, llevando en vanguardia a Martínez Campos, llegaron a los Altos de Santa Agueda al finalizar el día.

Desde las cimas, ya a la vista del Nervión, del Cadagua y de Bilbao, que pronto iluminaron los postreros resplandores del bombardeo, se distinguía a los carlistas en completa retirada.

Grande fué el enojo de Concha, que soñaba con la capitulación de buen número de batallones facciosos:

—¡Me han faltado cuatro horas! — exclamaba.

De todos modos, todavía las fuerzas de la 2.ª división cambiaron algunos tiros con los carlistas y las granadas Plasencia hicieron estragos en los voluntarios navarros y aragoneses. Estos cañonazos sirvieron, al mismo tiempo, para anunciar a la muy heroica villa la llegada del ejército libertador.

De recuerdo imborrable fué la noche que del 1 al 2 de Mayo pasó acampado en las cumbres de Santa Agueda el 3.º cuerpo.

El Marqués del Duero se veía frenéticamente aclamado por sus tropas que vivaqueaban calentándose en las fogatas y haciendo el rancho. A su vez Concha felicitaba efusivo y en voz alta a los jefes, oficiales y soldados de León y de Soria, que tan bravamente habían tomado en Galdames las cimas de Erezala y habían decidido la rápida y gloriosa operación de cuatro días que salvó definitivamente a la capital de Vizcaya de caer en poder de los carlistas.

En el Vivac de Santa Agueda una camilla sirvió de lecho de campaña al Marqués del Duero: rodeando al jefe vencedor sus generales y ayudantes, que, envueltos en los capotes, echados en tierra y en derredor de grandes hogueras, descansaron esperando el nuevo día.

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

LA VIDA MADRILEÑA

Dos reuniones

Los recién casados señores de Díez de Rivera (D. Alfonso) han obsequiado con una agradable reunión a algunos de sus amigos. Entre éstos figuraba un grupo de juveniles bellezas amigas de la dueña de la casa, que es hija del marqués de Oquendo.

De la concurrencia recordamos a las duquesas de la Unión de Cuba y viuda de Valencia, marquesas de Castelar, Bendaña, Salar, Borghetto, Cartago, Cambil, Valterra, Villatoya, viuda de Albaserrada, Prado Ameno, Almunia, Ribera, Villatorres, Hinojares y Torralba; condesas de Revilla Gígedo, Caudilla, viuda de Campo-Giro, Peña Castillo, Cabezuelas, Polentinos y Encina; vizcondesa de Garci-Grande; baronesa de Molinet y señoras y señoritas de Vega Inclán, González de Castejón, Villar y Villate, Alarcón, Díez Martein, Céspedes Rojas, Villamarciel, Salar, Manso de Zúñiga, Martínez de Irujo, Villatoya, Casa Davalillo, Tacón y Rodríguez Rivas, Patiño y Fernández Durán, Figueroa y Bermejillo, Bustamante, Piñeyro y Queralt, Queralt y López Nieulant, Prado Ameno,



En casa de D. Joaquín Ruiz Jiménez. El Obispo de Sigüenza, Sr. Nieto, con el Alcalde de Madrid y su esposa y con los hijos de éstos y otros niños, a quienes administró la Sagrada Comunión.

(Fot. Marín.)

Carvajal y Colón, Bernar, Velasco, Ximénez de Sandoval, Garci-Grande, Jordán de Urriés y Ulloa, López de Ceballos y Ulloa y Pérez Herrasti.

También hubo una grata reunión en casa de los vizcondes de Cuba.

Entre otras personas, concurren: el marqués de San Juan de Piedras Albas, con su hija la señorita de Melgar; los duques de Maqueda; el general y la señora de Borbón; la duquesa viuda de Valencia, el general y la marquesa de Cavalcanti, con la señorita de Pardo Bazán; la marquesa viuda de Vega de Boecillo, con su hija, y la señorita de Pérez Hernández; la condesa viuda y los condes de Mayorga; los condes de Riudoms y la señorita de Pérez Seoane; la duquesa de Noblejas; el conde de Toreno y sus hijas las señoritas de Queipo de Llano; el general y la señora de Mille; la señora de Sánchez Ocaña, madre del vizconde; los marqueses de Casa Puente; los marqueses de San Andrés de Parma; los condes de Villamonte; los señores de Pelizaeus; los marqueses de Torre Alta, la duquesa viuda de Medina de las Torres, condesa de Fuenteblanca, señora de Esquer y otras muchas.

ENLACES... Y MÁS ENLACES

LAS ÚLTIMAS BODAS ARISTOCRÁTICAS



La baronesa de Maltzahn y el señor Von Heeren, después de su enlace.

(Fot. Marin.)

La baronesa de Maltzahn y el Sr. Von Heeren.

A principios del mes pasado se celebró en la parroquia de Santa Bárbara el matrimonio de la encantadora señorita que lleva el título de baronesa Isabel de Maltzahn, sobrina e hija adoptiva del embajador de Alemania y de la baronesa Langwerth von Simmern, con el consejero de Legación señor Victor von Heeren, que ha prestado sus servicios hasta ahora en dicha embajada.

Esta boda *hochzeit*, que dicen los alemanes, señalando el alto destino de tal Sacramento, constituyó un grato suceso, pues la baronesa Maltzahn se había captado justas simpatías en nuestra sociedad.

Fueron padrinos (*die zengen*) de los contrayentes los embajadores de Alemania, y como testigos, por parte de ella, el introductor de embajadores, duque de Vistahermosa; el ministro de los Países Bajos, Johnker R. Melville; el señor Alberto Alhes, consejero comercial de la Embajada, y el consejero señor Breitling; y por parte de él, el embajador que fué de España en Berlín, don Luis Polo de Bernabé; el hermano del novio, señor Eggebert von Heeren; el ministro de Suecia, señor Danielsson, y el barón Gudenus, jefe de la Casa de la Emperatriz Zita.

La novia vestía elegante traje blanco de *crêpe* de China, con velo blanco, ciñendo la frente con sutil corona de mirto, según la costumbre alemana.

El mirto sustituye al azahar como emblema nupcial entre los alemanes, sin duda por no producirse allí fácilmente el naranjo.

Asistió al acto numerosa concurrencia alemana y española.

Los nuevos esposos salieron para La Granja y de allí marcharon a Barcelona, Génova, Munich y Berlín, en donde han fijado su residencia, por haber sido destinado el señor Heeren en el Ministerio de Negocios Extranjeros.

La Srta. de Vigo y D. Jaime Martín Aguilera.



El traje de boda de la novia señora de Martín Aguilera. (Fot. Satué.)

En la Iglesia parroquial de San Jerónimo el Real se celebró, también en el mes pasado, el enlace de la bella señorita Agueda de Vigo y Fabra, hija del difunto don Joaquín de Vigo y de Barrois, descendiente de ilustre familia italiana, y sobrina del alcalde de Barcelona, marqués de Alella, con don Jaime Martín Aguilera, hermano del conde de la Oliva de Gaytán, y perteneciente a la ilustre familia de los marqueses de Cerralbo.

El templo se hallaba adornado con tapices y hermosas plantas y flores y lleno de selecto público.

La novia, que vestía un precioso traje de tisú de plata y se adornaba con magnífico collar de perlas, regalo de su abuela, la marquesa viuda de Alella, entró en la iglesia del brazo de su padrino, el conde de la Oliva de Gaytán.

El novio, que iba de chaquet, daba el brazo a la madrina, que era doña Camila Fabra, viuda de Vigo, madre de la novia. La cola del traje de ésta, era llevada por dos preciosos niños, nietos de la señora viuda de Vigo. Parecían dos ángeles.

Bendijo la unión el párroco de San Jerónimo, don Antonio Calvo, quien leyó un telegrama de la Santa Sede concediendo a los contrayentes la bendición apostólica.

Firmaron el acta como testigos por parte de la desposada, el marqués de Alella, alcalde de Barcelona, quien vestía uniforme de ingeniero industrial; el Marqués de Masnou, don José de Vigo, hermano de la novia, don Ramón y don José María Delás, y don Federico Bernaves; y por parte del novio, el conde de Casasola, el marqués de Flores Dávila y don Carlos García Mauriño.

Terminada la ceremonia, recibieron los recién casados muchas felicitaciones de la concurrencia que era, como antes decimos, muy numerosa y distinguida. De ella formaban parte los señores de Fabra y los señores de Pallejá, primos de la ya señora de Martín Aguilera, que habían venido de Barcelona para asistir al acto, con su padre el marqués de Alella y otros parientes cercanos. También se hallaban muchas distinguidas damas de la sociedad madrileña.

La comitiva nupcial se trasladó desde la iglesia al Hotel Ritz, donde se obsequió a los invitados con un espléndido té, servido con el arte allí proverbial. Los novios salieron para París, en donde han pasado una breve temporada. Desde allí se han dirigido luego a varias poblaciones de Bélgica e Italia.

Unimos nuestras enhorabuenas a las muchas que los señores de Martín Aguilera recibieron y hacemos sinceros votos porque su felicidad futura sea eterna.

La Srta. de Santo Domingo y D. Ramón Carvajal y Colón.

Grato acontecimiento para la sociedad madrileña fué la boda de la bellísima señorita Eulalia Maroto y Pérez del Pulgar, hija de los marqueses de Santo Domingo, con el oficial de la Escolta Real don Ramón Carvajal y Colón, primogénito de los duques de la Vega, marqueses de Aguila-fuente.

Por este enlace se unieron dos familias de la más antigua Nobleza española, y de las que más justas simpatías cuentan en Madrid.

La novia pertenece por línea paterna a la ilustre casa de los Maroto, y por su madre, a la de los marqueses del Salar.

El novio desciende, por su padre, de la Casa de Abrantes, y por su madre, de la de los duques de Veragua. Es un brillante oficial de Caballería, que en los Regulares de Melilla, en los luctuosos días de julio de 1921, luchó valerosamente, conquistando gloriosa aureola entre sus compañeros.

Los afectos de que ambas ilustres familias gozan se pusieron de relieve en los numerosos regalos que los novios recibieron antes de su boda.

El señor Carvajal regaló a su prometida una magnífica diadema de brillantes, unos pendientes de brillantes y rubíes, el traje de boda, un abrigo de pieles de *vison*, una mantilla de *Chantilly*, negra; varios encajes muy valio-



La ropa blanca de la señorita de Vigo y Fabra.

(Fot. Satué.)

Entre ellos—que fueron expuestos en casa de la señorita de Maroto—, llamaban la atención los de familia. El señor Carvajal regaló a su prometida una magnífica diadema de brillantes, unos pendientes de brillantes y rubíes, el traje de boda, un abrigo de pieles de *vison*, una mantilla de *Chantilly*, negra; varios encajes muy valio-

sos, tres abanicos antiguos, vinculados en Casa de Veragua y varios pañuelos de Alençon y cachemir. Todo ello se lo envió encerrado en un arca antigua.

La señorita de Santo Domingo dió al que ahora es su esposo, una petaca de oro y una botonadura de perlas y brillantes.

Los duques de la Vega, a la novia, una pulsera de brillantes y zafiros, y los marqueses de Santo Domingo, al novio, un reloj de platino y ónix, con escudo, y cadena de oro y platino.

Además, los marqueses de Santo Domingo depositaron en la casona de su hija un espléndido collar de esmeraldas y brillantes, un *pendentif* de brillantes y esmeraldas, unos pendientes de perlas, una pulsera de oro y brillantes, varios trajes y un cheque.

También le regaló un automóvil *Panhard*.

Los hermanos de la novia, a ésta, un *pendentif* de brillantes y un agua marina y una sortija de brillantes, con un zafiro, y al señor Carvajal, tres arañas de cristal, y los hermanos del novio, a la señorita de Santo Domingo, un juego de tocador de plata.

Las servidumbres de las dos Casas regalaron también a los recién casados, estuche de tocador y juego de plata para el comedor.

Los demás regalos recibidos por los novios ascendieron a varios centenares.

En el día de la boda, la numerosa concurrencia congregada en la Iglesia parroquial de la Concepción, fué la mejor demostración del cariño con que la sociedad madrileña se asociaba a la felicidad de ambas familias.

La iglesia había sido artísticamente engalanada con plantas y guirnaldas de flores. En el presbiterio, profusamente iluminado, tomó asiento el Infante Don Fernando, que asistió a la boda, en compañía de su esposa la duquesa de Talavera.

Al entrar los novios en el templo, fueron saludados con una marcha nupcial, tocada por una excelente orquesta.

La novia estaba encantadora, luciendo primoroso vestido de tisú de plata, con velo de encajes d'Alençon.

El novio vestía el uniforme de gala de la Escolta Real, sobre el que se destacaba el lazo rojo con la llave de los gentileshombres de Cámara con ejercicio y servidumbre.

Llevaban la cola de la desposada dos preciosos niños: María del Pilar Carvajal, hija de los duques de la Vega, y José Alfonso Fernández de Villavicencio, hijo de los duques de Algete, marqueses de Vallecerrato.

Apadrinaron a los contrayentes la madre del novio, duquesa de la Vega, y el padre de la desposada, marqués de Santo Domingo, y bendijo la unión el virtuoso sacerdote don Cándido Zarzalejo, capellán de la Casa de Santo Domingo, quien pronunció una sentida plática.

Como testigos firmaron el acta, por la novia, sus hermanos don Juan y don Francisco Maroto y Pérez del Pulgar, sus tíos el duque de San Lorenzo y del Parque y el marqués del Salar, el del Llano de San Javier y el conde de las Infantas, y por el novio, los duques de Veragua y Parcent, los condes de Aguilar de Inestrellas y Fontanar, don Carlos Aguilera y el coronel de la Escolta, señor García Benítez. Todos iban de uniforme.

Terminada la religiosa ceremonia, los novios y sus padres recibieron cariñosas felicitaciones de la concurrencia. Nota interesante era la asistencia de toda la oficialidad de la Escolta Real, de los sargentos del teniente Carvajal y de muchos militares que fueron compañeros de éste en África.

Desde el templo se trasladó la nupcial comitiva a la residencia de los marqueses de Santo Domingo, en donde fué obsequiada con una espléndida merienda.

La espléndidez del tiempo permitió que se pudiera estar en el jardín, cuyas plantas y árboles constituían un hermoso fondo para la fiesta. Para asistir a la boda habían venido de Granada el conde y la condesa de las Infantas, el marqués y la marquesa de Cartagena y la condesa de Torre Alta, y de Sevilla, la marquesa viuda de Esquivel y sus bellas hijas.

La sociedad saludable también con gusto a la baronesa de Casa-Davalillo y a su bella hija Cristina, que, por tratarse de un acontecimiento de familia, acudieron a la fiesta después de su larga permanencia en Marruecos.

En el salón de baile, donde se admiraban notables retratos de familia, entre ellos los del duque de San Lorenzo y la marquesa del Salar, llamaba la atención un grupo de niñas guapísimas, aún de corto, que rivalizará con las bellezas de la presente generación.

Erán María Morenes, hija de los condes del Asalto; las Carvajal y Colón, hijas de los duques de la Vega, y la de la condesa viuda de Fontanar, entre otras.

La concurrencia fué muy numerosa y distinguida. De ella formaban parte las siguientes damas: Duquesas de Fernán Núñez, Infantado, Montellano, San Lorenzo, Santa Elena, Vistahermosa, T'Serclaes, Plasencia, Arión, Sueca, Algete y Lé-cera;

Marquesas del Salar, Bendaña y viuda de Bendaña, Quirós, San Adrián, Castelar, Ivanrey, Valdeiglesias, Rafal, Albaserrada, Villanueva de Valdeuza, Casa Pontejos, Valdefuentes, Argüeso, Esquivel, Martorell, Villadarias, Valle de Orizaba, Jura-Real, Puebla de Rocamora, Ribera, Laula, Cavalcanti, Guad-el-Jelú, Villatoya, Albaycin, Prado Ameno, Cañada Honda, Frontera, Torralba, Salinas, Torralba de Calatrava, Borghetto, Cueva del Rey, Torre Hermosa, Zahara y Llano de San Javier;

Condesas de Sástago, Heredia Spínola, Finat, Lascoiti, Paredes de Nava, Portalegre, Riudoms, viuda de Adanero, Almodóvar, Orgaz, Catres, Viñaza, Aguilar de Inestrellas y viuda del mismo título, Casal, Velle, Torre de Cela, Mayorga, Buena Esperanza, Sierrabella y Llovera; vizcondesa de Priego;

Señoras y señoritas de Falcó y Alvarez de Toledo, Toreno, Pérez del Pulgar, Castrillo, Magallón, Patiño y



La señorita Agueda Vigo y Fabra y D. Jaime Martín Aguilera, recién casados.

(Fot. Marin.)



Trajes y someros de la bella novia.

(Fot. Satué.)



Un rincón de la exposición de regalos en casa de la Sra. Viuda de Vigo.

(Fot. Satué.)

F. Durán, G. Loygorri y Martínez de Irujo, Arteaga, Lascoiti, Finat, Vega de Boecillo, Villamarciel, Castelfuerte, Pérez Seoane, Mazorra, Martínez de Irujo, Fernández de Córdova y Fernández de Córdova, Marín, Drake, Salar, Moreno Osorio, Pérez del Pulgar, Queralt, Pardo y Manuel de Villena, Alvarez de Toledo, Muguero, Morenes y Arteaga, Castilleja de Guzmán, Fernández de Henestrosa, Carvajal y Quesada, Castillo, Barroeta, Ximénez de Sandoval, Zulueta y Martos, Escobar y Kirkpatrick, G. Loygorry, Postestad, Zabálburu, Alonso Gaviria, Areces, Dóriga, Scláfaní, Villapece, Núñez de Prado, Figueras, Pelizaeus, Correa, Avial (don Alejandro), Villatoya, Piñeiro y Queralt, Ibarquien La O, López Roberts y otras más.

También asistieron los duques de Fernán Núñez, Montellano, Plasencia, Lécera y Vistahermosa.

Marqueses de Rafal, Albaycín, Martorell, Ribera, Coquilla, Nieves, Borghetto, Zahara y Cueva del Rey; condes de la Viñaza, Torre de Cela, Isla, Casal y Finat, general La O y Sres. Alós (don Nicolás), Pardo y Manuel de Villena (don Fernando), Jordán de Urries (don Luis) y otros.

Los nuevos señores de Carvajal— a quienes deseamos venturas sin cuento—, salieron aquella misma tarde en automóvil para pasar los primeros días de su luna de miel en el Castillo de Higuera, de los duques de la Vega. Después marcharon a París, con propósito de visitar otras capitales extranjeras.

La duquesa de Rivas y D. Victoriano Sainz y de la Cuesta.

En la capilla del Instituto de Nuestra Señora del Pilar de la calle de las Delicias, se celebró el matrimonio de la bella señorita María Ramírez de Saavedra y



La señorita María Eulalia Maroto y Pérez del Pulgar, hija de los marqueses de Santo Domingo, del brazo de su esposo D. Ramón Carvajal y Colón, hijo de los duques de la Vega, en el jardín de su casa de la calle de Ayala, momentos después de regresar de la Iglesia de la Concepción, en donde se había verificado su enlace.

Fot. Marín.

Anduaga, duquesa de Rivas, con el joven diplomático don Victoriano Sainz y de la Cuesta, siendo apadrinados por la madre del contrayente y el señor de Rubianes, marqués de Aranda, tío de la desposada.

Actuaron como testigos, por ella, su padre, don Gabriel Anduaga, el marqués de Viana, representado por su hijo el marqués de Coquilla; don Alonso Ramírez de Saavedra, los condes de Rascón y del Valle de Suchil y don Sebastián González, y por él, don Enrique Sainz, don Emilio Palacios, don Mariano Sainz y Ortiz de Urbina, don Victoriano de la Cuesta, don José Sainz y el conde de los Moriles.

Deseamos a los nuevos esposos muchas felicidades.

Otras bodas en Madrid.

No podemos dedicar hoy el espacio que merece a la boda de la bella señorita María de los Dolores Castillejo y Vall, hija de la condesa Viuda de Floridablanca y del joven prócer don Francisco de Borja Martorell y Téllez Girón, duque de Almenara Alta.

Por ahora nos limitaremos a decir que el enlace, aun siendo en familia, constituyó un acontecimiento al que se asoció la sociedad madrileña.

En Madrid se han celebrado en este mes, entre otros enlaces, el siguiente:

En la parroquia de San José, el de la señorita María de Carasa de Pernia con el joven don Antonio Pérez-Villamil y Pineda, hijo del difunto académico de la Historia, apadrinándoles la madre del contrayente, doña Concepción Pineda, y el padre de la desposada, y siendo testigos el marqués de Hinojares, el conde de Abásolo, el vizconde de San Enrique, representado por su hijo, y los señores Ontañón, Sáenz del Real, Carasa, Villamil y Sendín.

A la nueva pareja deseamos eternas venturas.

REGIAS PRENDAS...

He leído siempre con mucha atención las reseñas de las canastillas de las más conocidas novias; las leo, no sólo porque son interesantes a causa de los minuciosos detalles que nos refieren, sino porque al pensar en estas suntuosas canastillas me imagino la suerte futura de la amada desposada.

Todos recordamos los «trousseaux» de las Princesas reales que se casaron en estos últimos años, y recordamos también las no menos bellas canastillas, ejecutadas por Morfeaux, para algunas de nuestras damas aristocráticas; recuerdo que ha quedado grabado en nuestra mente.

En París, en Londres, he visitado las exposiciones de las más afamadas «Lingères»; así es que cuando lei el otro día en los diarios madrileños las crónicas elogiando el «trousseau» que la Casa «La Cloche» estaba ejecutando para la señorita de Cierco—perteneciente a conocida familia portuguesa—, que está valorado en más de treinta mil duros, confieso a mis lectoras que me he quedado un poco desconcertada. Con treinta mil duros y con algo

menos, imaginen ustedes, señoras, el «trousseau» que se puede confeccionar.

De todas maneras, tenía muchísima curiosidad por ver dicho «trousseau», así como la exposición de ropa blanca que «La Cloche» nos ofrecía en sus salones de la calle de Francisco de Rojas. Y me interesaba doblemente ver estas novedades porque «La Cloche» es una Casa nueva, muy recientemente instalada en la Corte, y que en pocas semanas se puede decir que ha conquistado, por su buen gusto, a nuestras elegantes aristócratas. Su colección de vestidos es de lo más bonito que he visto. Baste decir que ha escogido, de las más célebres «couturieres» de París, sus más divinos modelos; por esto el conjunto de la colección que nos presenta aquí ha gustado lo que ha gustado.

Pero hablemos un poco de su exposición de ropa blanca, que tanto ha llamado la atención de las novias... y de las señoras entendidas. Figúrense ustedes cuatro salones cuyas paredes desaparecen bajo los pliegues evocadores de prendas hechas por entero, con los más costosos y finos encajes; figúrense

colchas de «fils tirés» de un tamaño de varios metros.

Sabiendo la manera de hacer el «fils tiré», puede una imaginarse el trabajo y el valor que representan estas piezas. Luego se ven «nappes» bordadas, con flores en relieve, que parecen aún vivas.

Encima de una mesa, prendas íntimas de vaporosos tules, de todos los tonos, parecen ligeras mariposas.

En una vitrina del último salón, juegos de volantes, mantillas, *echarpes*, etcétera, de los más costosos encajes del mundo, tales como los *points d'Angleterre*, de *France*, de *Atençon*, de *Malines*, *Venise*, etc.; encajes, en fin, que valen miles de pesetas el metro. Según mis cálculos, se pueden valorar los encajes que encierra esa vitrina en más de un millón!!!...

Como no me gusta hablar de cifras ni de dinero, diré únicamente a mis lectoras, para terminar, que la exposición de ropa blanca de «La Cloche» tiene un valor artístico incalculable.

Habrà que esperar muchos años aún para admirar otro conjunto tan extraordinario.

FEMINA.

NUESTROS COLABORADORES

LA COMEDIETA DE LA RISA

PRÓLOGO

Yo, señores, soy un humilde filósofo que recorro los países enseñando a las gentes mi pequeño teatro de muñecos. Soy algo así como el padre de mis muñecos, que los quiero, los cuido, les reprendo sus defectos y me empeño vanamente en enseñarles a pensar. Mis muñecos y yo formamos una familia funambulesca en que todos rien excepto yo, y por eso yo soy el extraño, el raro, el muñeco clown.

Mi casa, la casa de mis muñecos, es igual a las casas de los hombres. Nada desconocido encontraréis en ella. No os sorprenda, pues, que los muñecos de este teatro sean envidiosos e inconscientes, maldicientes y enredadores, como los hombres. En su pequeña república hay los mismos chismes que en las grandes repúblicas; o mejor dicho, que en las repúblicas de muñecos grandes.

Además, todos mis muñecos tienen algo de ridículo; pero ellos no lo notan. En cambio, dicen que yo soy ridículo, porque estoy triste. Quizá será verdad y yo no me doy cuenta.

No es raro. A fuerza de estar entre muñecos, he llegado a ser tan muñeco como ellos. Tomo parte en las comedietas que representan y estrujo en mi conversación con ellos, para ver hasta dónde son capaces de razonar. Siempre, poco. Esto divierte al espectador, pero a mí me acongoja. ¿Quién tiene la culpa de que sean muñecos? ¿Quién tiene la culpa de que en vez de Antonio o Juan se llamen Polichinela o Arlequin?

LA COMEDIETA

Arlequin.—Ya lo oyes; soy Arlequin. ¿Qué se ha de esperar de un Arlequin? Cosas de muñecos, cosas infantiles, deliciosamente infantiles, pero infantiles al fin. ¡Risas!

Leonardo.—¿Por qué? No; cosas infantiles, no. Cosas humanas. ¿Acaso lo infantil no es lo extraordinario? ¿Acaso lo bello y lo rosado no es infantil? Cosas humanas, mejor, que son las cosas que más se aproximan a las de los muñecos. ¿No son vuestros hechos insignificantes, sin importancia? ¡Pues como los hechos de los hombres de verdad! En cambio los hechos de los niños, todo lo que a los niños sucede, es grande, inmenso, transcendental. ¿Mueves la cabeza, Arlequin? ¿Pues el engrandecer las cosas pequeñas no es hacerlas grandes? Así los niños, de lo más insignificante hacen montañas; por la desgracia más nimia, quizás ilusoria, lloran; por la más fugaz alegría, son felices. Son enormes sus aspiraciones, y a pesar de eso, fáciles y hacederas. Cuando sueñan, todo gira alrededor de ellos...

Arlequin.—¿Quieres tú dormirme con la monotonía de tus filosofías inoportunas? Viejo imbécil; déjame que sin pensar en nada agite mis cascabeles; y aunque mi risa no tenga motivo, déjame reír.

Leonardo.—¡Ríe, ríe! ¡Ríe siempre! Tienes razón, loco. ¡Ríe!... aunque sea sin motivo. (*Aparte.*) Aquí viene la muñeca Elena, que siempre tiene el placer de despreciarme. Dicen que estoy enamorado de ella. Yo no lo quiero creer, porque un filósofo no puede enamorarse de una muñeca frívola. ¡Y la muñeca Elena es la más bonita; pero la más frívola de mis muñecas! ¡Qué airosa, qué ligera, qué coqueta! ¡Cómo brota de sus labios la risa! ¡Cómo brillan sus ojos! ¡Qué gracia la de sus movimientos y la de su traje vistoso! ¡Qué chispazo de inspiración tuvo el artista al construir esta muñeca, y con qué endiablada magia colocó un alma dentro de ella, un alma pequeñita que sólo sirve para reír!

Arlequin.—(*Aparte.*) Viene Elena. Veamos cómo palidece el viejo filósofo al verla pasar. Veamos cómo fracasa toda la austera filosofía del dolor ante la alegría de Elena.

Leonardo.—¡Elena, muñeca! Ven con el viejo Leonardo, el hombre de los muñecos. Yo haré desaparecer un momento, con mis palabras sen-

satas, la risa argentina de tu boca. Yo te hablaré con la voz de la razón. ¡Elena, Elena; escucha al viejo Leonardo!

Elena.—Adiós, no me detengas. Voy a gozar. No me entristezcas, Leonardo.

Leonardo.—¡Nada! Pasa riendo. ¡La eterna risa de los muñecos vivos! Pasa radiante con su vestido multicolor, agitando el haldá de seda roja y negra y haciendo sonar sus cascabeles. ¿Por qué llevarán cascabeles todos mis muñecos? Si yo, su amo, estoy triste, ¿por qué llevan ellos cascabeles? ¡Leonardo, viejo Leonardo! ¿por qué no eres muñeco tú también? ¡Debe ser tan hermoso reír siempre!

Arlequin.—No ries porque no quieres. El pensar y el reír no son compatibles. Deja de pensar... y reirás. Y si te cansas de reír... piensa.

Leonardo.—¿Tú también sabes filosofía, Arlequin?

Arlequin.—La filosofía de la risa. ¡Oh, es una gran filosofía! Para cultivarla no se necesita estudio ni meditación: sólo es preciso reír. Y esa filosofía me da mejores resultados que a ti la tuya. Por mi risa me aprecian los amigos; por mi risa me quieren las muñecas; por mi risa y porque estoy vestido de seda y oro; ¡nada más! ¿Has visto cómo Elena no te hace caso alguno? Perdona su desvío a la pobre muñeca y comprendelo. Le ofreces lágrimas...

Leonardo.—¡Es verdad! Tú, en cambio, le brindas risas... ¡Es verdad!

Elena.—(*Entrando.*) ¿Me acompañas, Arlequin?

Arlequin.—(*A Leonardo.*) ¿Lo ves?

Elena y Arlequin, cogidos del brazo y saltando mecánicamente, se marchan, entre canciones y risas. Desde lejos vuelven la cabeza para dirigir una mirada de desprecio y lástima al viejo del llanto.

EPILOGO

Ved que el viejo Leonardo, el humilde filósofo, se acongoja porque no le comprenden sus muñecos. Miradlo apartado en un rincón, condenado por el delito de pensar y de llorar. ¿Qué remedio!

Quiso el hombre arreglar su pequeño mundo con los consejos sensatos, y, al fin, como todos, hubo de retirarse a un ángulo del escenario y ver, impávido, desfilar el riente cortejo de marionetas, jorobados polichinelas, frívolas muñecas y vistosos arlequines. No tuvo fuerza para impedir la carcajada a su corte funambulesca.

Apenas si al pasar miran los muñecos al pobre Leonardo que quiso pensar y llorar, en el mundillo de la risa y de los cascabeles, y de las sedas multicolores.

¡Pobre Leonardo, el filósofo de las comedias! Al fin se ha convencido que el llanto es ridículo y ha escondido su dolor detrás de una bambalina, colocándose sobre el venerable rostro una careta de risa, por dentro esté humedecida de lágrimas.

La última comedia ha terminado en drama. ¡Pobre Leonardo! Ni aun con la careta de la risa le escuchan sus muñecos.

FRANCISCO AYALA

En Madrid se están celebrando con gran animación las carreras de caballos de Primavera. El Hipódromo se ve muy concurrido, y entre la concurrencia, se admiran muchas bellas y elegantes damas.

Nota interesante de las carreras es la serie de triunfos, repetidos, de la cuadra del Conde de la Cimera. El domingo último, cuatro primeros premios obtuvo.

Por esto y por el Gran Premio de Bruselas, obtenido hace poco, ha recibido el distinguido aristócrata español muchas felicitaciones.



Bulgaria tiene desde ahora representación diplomática en España. Su Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario Sr. Georges Radeff, es un buen amigo nuestro, cuyos sentimientos se pusieron de relieve en el discurso que pronunció ante el Rey el día de su recepción. Sea bien venido.

LA BODA DE LA PRINCESA YOLANDA DE SABOYA CON EL CONDE CARLO CALVI DI BERGOLO

Antes de la boda.

CUAL regidor soberano, sobre todos los soberanos de este mundo, domina y gobierna *Su Majestad el Amor*. En estos términos la Reina Milena telegrafió a su hija la Reina Elena de Italia cuando supo la elección de su amada nieta; el acontecimiento de esta boda, colmo de felicidad, tiene mayor atractivo aún por sus particulares llenos de idealidad y dulzura que nos hacen recordar aquellos dorados cuentos en los que una Princesa, fulgente de hermosura y de gracia, elegía por esposo al valeroso caballero que, por su amor, había vencido los mayores obstáculos.

El día 5 de Febrero último, durante la fiesta celebrada para la presentación del Conde Carlo Calvi di Bergolo, la hermosísima Princesa Yolanda, dirigiéndose a los invitados, dijo con la mayor sencillez: «Ecco il mio fidanzato» (He aquí mi prometido.) Los violines convidan a la danza. El afortunado Capitán de Caballería, vencedor de tantos concursos hípicas internacionales, el valeroso bombardero herido en guerra y tan justamente condecorado, inicia el baile rodeando con su fuerte brazo el esbelto talle de la más hermosa entre las hermosas princesas reales. Después telegrafían a los parientes ausentes en esta forma: «Besos y ternuras infinitas de Yolanda y Carlo.» Por vez primera, sus nombres figuran el uno al lado del otro, y la primera firma que los une es para el telegrama dirigido a los queridos viejos que se encuentran en Turín.

El día 8 de Abril próximo pasado, a las 21 y 30, tuvo lugar la última de las recepciones que precedieron a la celebración del matrimonio.

El matrimonio civil.

La plaza del «Quirinale» está completamente invadida por el público; otros se han apostado delante de la gran puerta de la calle «Ventisette», llamada Puerta de la «Manica Lunga», por donde entran todos los autos que conducen a los invitados. La gran escalera principal está convertida en un jardín; a los lados de los anchos escalones hay macizos ricos de primulas, magnolias, claveles blancos, rosas pálidas y gardenias; las más delicadas flores están protusas y adornan el ingreso de cada salón. Sobre las «consolas» han sido colocados los innumerables bouquets de flores enviados a la Princesa.

Los invitados entran en la Sala «blanca», donde los recibe el gran maestro de ceremonias, Príncipe Ruspoli, pasan por las Salas «gemelas» y entran en el gran salón de Embajadores. Entre los primeros invitados, el Conde Carlo Calvi di Bergolo y su familia.

El prometido viste de uniforme de Capitán de Caballería, con echarpe azul, bandolera y condecoraciones; su estatura es idéntica a la de la Princesa Yolanda; su figura esbelta y elegante; su mirada vivísima y muy expresiva, más de lo que resulta en los retratos, que por lo mal que le reproducen, pueden llamarse calumniadores.

La familia de los Condes Calvi di Bergolo y sus parientes de la casa reinante de Dinamarca, han constituido un grupo aparte durante toda la ceremonia. El Prefecto de Palacio ha resuelto el problema del protocolo colocando a la derecha la familia Real de Italia y a la izquierda la familia del Conde Calvi di Bergolo. Los militares están todos de uniforme de gala; todas las señoras, ataviadas con lindísimas toilettes de colores muy claros y largo manto, se adornan con diadema y larguísimo velo de encaje blanco. Tittoni, Presidente del Senado, entra en uniforme de Ministro de Estado, y como oficial del Estado civil lleva la faja «tricolor» y ostenta el gran Collar de la «Annunziata». El Presidente del Consejo On. Mussolini, se presenta con traje de levita. Le acompaña el Subsecretario On. Acerbo que lleva el uniforme de la Milicia Nacional. Siguen entrando todos los Ministros. El Conde Macchi di Cellere se encarga de colocar a los invitados. A las diez llega el Prefecto de Palacio Senador Duque de Borea d'Olmo (que con gran desenvoltura lleva sus noventa y cuatro años y

dirige las ceremonias); su aparición advierte a los reunidos que llega el Cortejo de Soberanos y Príncipes.

El Rey, de gran uniforme, luce sobre su pecho todas las condecoraciones, se sienta en un sillón frente a la mesa y a la derecha del salón; a su derecha y a su izquierda se sientan, respectivamente, la Reina Elena y la Reina Margarita;



La Princesa Yolanda de Italia

a los dos lados de la mesa se colocan el Senador Tittoni como Oficial del Estado Civil y el Presidente On. Mussolini como Notario de la Corona. Todos los miembros de la familia Calvi acompañan al esposo, que se sienta frente a la mesa con la Princesa Yolanda, y al lado izquierdo del Salón.

La Reina Elena se atavia con una «toilette lamée d'or», adorna su cabeza con diadema de brillantes y larguísimo velo de encaje blanco; la Reina Madre con «toilette lamée d'argent», diadema de brillantes y velo también de blanco encaje; la Princesa Yolanda realza su hermosura con un riquísimo traje blanco con manto larguísimo; todo el adorno del traje lo compone un encaje antiguo de inestimable valor. Ella ha querido presentarse ante el Altar sin adorno de alhajas; sólo ciñe sus lindos y brillantes cabellos negros una sencilla corona de flores de azahar, y lleva en una mano un pequeño bouquet de las mismas flores. Entre el candor del traje y del velo, su esbelta figura es verdaderamente fascinadora, sus ojos grandes parecen aún más negros; más profunda parece, más brillante su mirada por la emoción.

Un gran silencio se impone y el Presidente Tittoni, declara: «S. M. el Rey me ordena iniciar la ceremonia del matrimonio civil de S. A. R. la Princesa Yolanda con el Conde Carlo Calvi di Bergolo». Seguidamente lee los artículos 130, 131 y 132 del Código Civil en los que están ordenados los derechos conyugales. El silencio en ese momento se hace absoluto; pudieran analizarse las palabras de las preguntas de Tittoni: «¿Está S. A. contenta de tomar como legítimo marido al Conde Carlo Calvi di Bergolo?» Yolanda, antes de contestar, se vuelve hacia S. M., e inclinándose, pide el consentimiento. El Rey hace una señal de aquiescencia y la lindísima princesa pronuncia el «sí», visiblemente conmovida. Tittoni se dirige al esposo: «¿Está usted contento de tomar como legítima esposa a Su Alteza Real la Princesa Yolanda de Saboya?» El Conde Calvi, antes de contestar, también se vuelve hacia el Rey cuadrándose militarmente y con franca energía contesta un «sí» muy claro. La ceremonia es breve. El On. Tittoni, conforme con los preceptos, no pronuncia discurso; felicita a los nuevos esposos y les ofrece la pluma con que firmaron el acta; pluma que es una verdadera joya de arte ejecutada en oro según el dibujo del Profesor Sr. Bresgi.

Se forma el gran cortejo que se dirige a la Capilla Paolina para la ceremonia religiosa; después del Real Comisario, de las Autoridades de la Provincia, las Presidencias de las Cámaras y los altos cargos de la Magistratura y de las Colonias, vienen los Generales del Ejército y de la Armada; luego los Ministros; después el Capitán Conde Calvi di Bergolo con sus padres y toda su familia; los Ayudantes de Campo y todos los miembros de la Casa de S. M. el Rey; sigue la Princesa Yolanda apoyada en el brazo de Su Majestad el Rey; la augusta esposa es la viva expresión de un sueño de hadas; dos pequeños, huerfanitos de la guerra, sostienen su largo manto. La Reina Madre se apoya en el brazo del Príncipe Conrado de Baviera; la Reina Elena en el del Príncipe heredero; la Princesa de Baviera en el del Duque de Aosta, la Archiduquesa Inmaculada va con el Conde de Turín; la Princesa Mafalda con el Duque de los Abruzzos; la Princesa Giovanna con el Duque de Génova; la Princesa Maria con el Príncipe de Udine; la Duquesa de Aosta con el Duque de Pistoia; la Duquesa de Génova con el Duque de Bérgamo, y la Princesa Adelaida con el Duque de Ancona. Cierran el cortejo las Damas de Corte de las Reinas y de las Princesas. Los colores que predominan son el blanco y el azul en las toilettes de las damas; en el conjunto parecen lindas flores que se destacan entre el fondo verde-gris de los uniformes y el severo tinte de los trajes de los caballeros. La Duquesa de Aosta lleva una toilette de seda verde y «ramages de'or» y adorna su peinado con una espléndida diadema de brillantes. Las Princesas Mafalda y Giovanna llevan unas toilettes lindísimas de color azul celeste.

La función religiosa.

La Capilla Paolina, por las dimensiones y la forma, es gemela de la Capilla Sixtina del Vaticano, y las dos son las mayores entre las capillas romanas. Las paredes de la Capilla Paolina, están cubiertas por magníficos tapices, cuyo dibujo se debe al Bronzino y fueron ejecutados en Florencia por tejedores flamencos durante el reinado de Cosme I.

Los proyectores eléctricos ocultos, desde la bóveda iluminan la capilla a «jour», y más hermoso parece en este día el famoso cuadro «capolavoro», de Guido Reni, que representa Nuestra Señora de la Anunciación. El cuadro figura sobre el Altar no sólo como joya artística, sino porque es el día 9 de Abril, en el cual se celebra la festividad de la Anunciación de Nuestra Señora, de la que la Casa de Saboya es sumamente devota por antigua tradición. En ese día fueron bautizadas las Princesas Yolanda, Mafalda, Giovanna y Maria; en ese mismo día Yolanda fué confirmada y tomó su primera Comunión.

La virtuosa a la par que bellísima Princesa, ha elegido este día tan grato a su alma piadosa

para presentarse ante el Altar para el rito nupcial que la une para siempre al joven elegido por su corazón.

Cuando Yolanda entra en la Capilla, un «¡Oh!» de admiración parte de todos los labios; su figura escultural es tan bella, tan interesante su expresión de gozo angelical, que parece más divina que humana; se arrodilla sobre el reclinatorio de terciopelo carmesi y encajes de oro, al lado del reclinatorio donde se arrodilla su esposo. Los cantores entonan deliciosos motetes de Gloria (música toda de los siglos décimosexto y décimoséptimo).

A la derecha del Altar está colocado el trono donde se sientan los Soberanos y los Príncipes; al lado izquierdo del Altar se sienta toda la familia del Conde Carlo Calvi di Bergolo.

Monseñor Beccaria, Capellán mayor de la Corte y Abad mitrado de Santa Bárbara, en Mantua, asistido por cuatro Capellanes reales, celebra el divino Oficio de la Santa Misa. (El día anterior los novios tomaron la Sagrada Comunión que les dió el mismo Prelado). Terminado el Oficio Divino, Monseñor Beccaria vuelve al Sillón de Pontifical, viste la Capa Pluvial y se pone de nuevo la preciosa Mitra; hace a los esposos las preguntas rituales a las que ellos contestan el «sí» y bendice los anillos que Yolanda y Carlo se cambian.

Después hace una pequeña exhortación a los nuevos esposos, y en su hermosísimo discurso no olvida un detalle, ensalzando la majestad del Rey excelso, no sólo por su estirpe y por su trono, sino por sus virtudes civiles y militares, por la sabia conducta de su vida y por los continuos servicios prestados que le hacen aclamar salvador de la patria. Ensalza con hermosísimas palabras la obra piadosa que siempre ha cumplido y no cesa de cumplir S. M. la Reina Elena, con la valiosísima cooperación de las Princesas sus hijas y de la Duquesa de Aosta, hermana ejemplar de la caridad. A este punto, Monseñor Beccaria recuerda los años en los que el Palacio Real fué convertido en hospital, y destaca también la presencia de tantas damas y Príncipes que aportan los signos del valor y de la piedad. Habla a los esposos de la sublime belleza del matrimonio y de los deberes que supone. «Tres deberes principales, que son como tres himnos que cantan en vuestros corazones: el amor que ha de uniros toda la vida; la educación de los hijos y el gobierno santo de la familia.» Seguidamente, Monseñor Beccaria da la bendición pontifical a los esposos.

A la salida de la Capilla, el Conde Carlo Calvi di Bergolo, da el brazo a su bellísima esposa la Princesa Yolanda, la cual prodiga sonrisas y saludos a todos los invitados, demostrando en su semblante una completa felicidad; el esposo, aunque más reservado, no puede disimular su íntimo regocijo; siguen a los esposos el Rey con la Reina Margarita, su madre; la Reina Elena con el padre del esposo, Conde Jorge Calvi; la Condesa Ana Calvi, madre del esposo, con el Príncipe de Baviera; el Príncipe Viggo de Dinamarca con la Princesa de Baviera; el Príncipe de Piemonte con la Archiduquesa Inmaculada; el Duque de Aosta con la Princesa Mafalda; el Conde de Turín y la Princesa Giovanna; el Duque de los Abruzzos y la Princesa María; el Duque de Génova y la Duquesa de Aosta; el Príncipe de Udine y la Duquesa de Génova; el Duque de Pistoia y la Princesa María; la Princesa

Adelaida y el Duque de Bérgamo; la Condesa de Rosemborg y el Duque de Ancona. Siguen las damas del Patriciado romano, Damas de la Corte, etc.



El conde Carlo Calvi di Bergolo

La Princesa Yolanda no ha olvidado los menores detalles de particular y delicada atención para todos. A la salida de la Capilla Paolina, doscientos huérfanos de la guerra, del Asilo Saboya, costeado por la Casa Real, agitaban sus manitas saludando a los esposos y manifestando su inmensa alegría; los pequeñuelos habían asistido admirados a la grandiosa función religiosa y más tarde les fué servido un espléndido almuerzo en la «Serre» de los jardines del «Quirinal». También ha convidado a su boda a su ama

de cría, haciéndola preparar un departamento en Palacio. El ama goza en compañía de su esposo e hijos una hermosa villa en San Vito Romano, donde disfrutan de la pensión vitalicia que les pasa la Casa Real. Tuvo también la delicadísima idea, en unión de su esposo, de obsequiar con bomboneras a las setenta y cuatro parejas que contrajeron matrimonio en Roma el mismo día de su boda.

Las señoritas empleadas en el teléfono en Roma, han enviado a la Princesa espléndidas flores, y ella ha contestado con tres grandes cestas llenas por miles de artísticas cajas de bombones con los retratos suyo y de su esposo.

También hizo repartir relojes de oro y de plata con sus iniciales a los Oficiales y soldados que estuvieron de guardia en Palacio en el día de su boda.

A las cuatro de la tarde, después de los efusivos y consabidos saludos de despedida, los nuevos esposos, queriendo evitar las aclamaciones populares, salieron en auto cerrado y sin escolta, pasando como una fugaz aparición, inadvertidos por la muchedumbre que les aguardaba. La Princesa Yolanda llevaba una *toilette* de viaje de crespón de china gris, de hechura sencilla, pero elegantísima, y cubría sus hermosos cabellos negríssimos con una *cloche* de paja negra, adornada con plumas de aves del paraíso.

Los que pasaban por la plaza Venecia, pudieron admirar una joven pareja, que, bajando de un auto, subió los escalones que forman la base del Altar de la Patria y depositó un gran ramo de flores sobre la tumba del soldado desconocido.

Los regalos que ha recibido la Princesa Yolanda son numerosísimos, pero no han sido expuestos al público dada la intimidad en que se ha celebrado la ceremonia nupcial. Se sabe que la Reina Madre ha regalado a su augusta nieta un magnífico hilo de perlas, un piano de concierto y tres grandes estucos, que contienen respectivamente: cubiertos, vajillas y un servicio de té; todos los objetos son de plata maciza y cincelados; llevan las iniciales de la Princesa Yolanda y los escudos de Casa de Saboya. La Reina Elena ha regalado a su primogénita otro hilo de perlas verdaderamente espléndido. La Presidencia del Senado, dos inmensos jarrones de Sèvres llenos de orquídeas. El Cuerpo Diplomático, un gran centro de mesa, otros dos centros más pequeños, dos candelabros y dos *flambeaux*, todo de plata antigua. El On. Acervo ofreció a la Princesa Yolanda, en nombre del Gobierno de Italia, un riquísimo servicio de centro de mesa en plata maciza, trabajado a mano.

Por iniciativa de la embajadora de Italia en París, Baronesa Romano Avezzana, la colonia y oficialidad italiana allí residentes, han enviado a la Princesa una crecida suma, que ha sido devuelta a beneficio de los gloriosos mutilados de la colonia italiana de esa capital. En Londres, la embajadora, Marquesa de la Torretta, envió lo mismo, otra gran suma, y la Princesa Yolanda expresó el deseo de que fuese destinada al hospital italiano en Londres. Innumerables han sido las obras benéficas y los actos de piedad efectuados en honor de estas bodas, que se han realizado bajo los auspicios del amor y de la virtud, dos factores imprescindibles para la felicidad.

SCHEHEREZADA.

EL CHAMBERGO

Extraña adarga en la panoplia vieja
yace olvidado el fanfarrón sombrero
junto a una espada de bruñido acero
que el claror de unas lámparas refleja.

Batió sus plumas junto a alguna reja
la brisa helada del nevado Enero,
y ante un áureo chapín, un caballero
alfombró con su airón cierta calleja.

¡Quién dirá al verle en la tranquila estancia
bajo el prestigio de fulgentes luces,
que fué cimera de la intemperancia
y pendón de victoria en tantas brechas,
entre el estruendo de los arcabuces
y el agudo silbido de las flechas!

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA.

SOLICITANDO UNA SONRISA

Desarrugad el sobrecejo, y lisa
dejad la frente de blanca loca,
pues demostráis sabiduría poca
queriendo hacer con nieve una cornisa.

Músico soy, señora, y me precisa
para un motivo que ocultar me toca,
oir cómo ejecuta vuestra boca
el arpegio de perlas de su risa.

Y si os negáis a abrir ese teclado,
que me parece cuando está cerrado
un renglón de un pentágrama incompleto,
con un silencio de oro suspendido,
porque sepáis mi sinsabor sufrido,
sobre esa línea escribiré un soneto.

PABLO CAVESTANY.

VIAJE SENTIMENTAL

En la quietud de la calleja obscura,
bajo un cielo de esmalte azul y plata,
se perdió la doliente serenata,
perfumando la noche de amargura.

En el silencio nocturnal había
un lírico y fugaz deshojamiento;
ecos de coplas deshojaba el viento
como frágiles rosas de armonía.

Se estremeció el florido jazminero
de su reja, al oír en la desierta
calleja, los sollozos de un cantar...

¡Viejo cantar de aquel sepulturero
que, al destapar el rostro de una muerta,
tiró la azada y comenzó a llorar!

FRANCISCO VILLAESPEA.

Mundo Mundillo...



PRIMERO Bélgica, la buena amiga, y después Valencia, la entrañable hermana, han rendido el homenaje de su admiración y su cariño a los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria.

Las ovaciones que el pueblo belga, agradecido, tributó a SS. MM., no se borrarán fácilmente en el recuerdo de cuantos las escucharon. Dos fiestas hubo en Bruselas en las cuales la sociedad belga halló ocasión en que adherirse a ese testimonio de afecto: el banquete en el Palacio Real y la comida, seguida de recepción, en la Embajada de España. En ambas dieron la nota de elegancia y de distinción, con las Reinas Isabel y Victoria, las nobles damas belgas invitadas, las duquesas de San Carlos y Fernán Núñez, la marquesa de Villalobar y otras ilustres señoras españolas.

También en Valencia, en las fiestas que aún continúan en honor de Nuestra Señora de los Desamparados, ha culminado el entusiasmo hacia nuestros Reyes, unidos a la exteriorización más fervorosa de la devoción por la excelsa Patrona.

La parte aristocrática de las fiestas ha estado en el baile celebrado en el Palacio de los marqueses de Benicarló, del que nos ocuparemos en nuestro próximo número con la detención que merece. A él concurrieron las más conocidas familias de la nobleza valenciana.

Satisfechos pueden estar Don Alfonso XIII y Doña Victoria del tributo de cariño que en uno y otro sitio—cada uno por su estilo—, les ha sido hecho.

LA sociedad madrileña, reunida ahora en el Teatro Real para asistir a las representaciones de *Amaya*, se congregó días pasados en la Princesa para contemplar el arte extraordinario de Cecil Sorel. La elegancia de la gran actriz, sus originales *toilettes* y sus espléndidas joyas hallaron, como siempre, innumerables admiradores. La bella *Celymene* nos dejó, con las tres únicas representaciones dadas, la miel en los labios.

LOS señores de Oruña han pedido la mano de la bella señorita María Luisa Gómez-Jordana, hija del prestigioso general Jordana, para su hijo el valiente capitán D. Manuel de Oruña y Reynoso, marqués de Castillo de Jara, cuyo heroico comportamiento en Africa, donde fué herido, tantos elogios mereció.

La boda se celebrará en Tetuán, actual residencia del general Jordana, en la segunda quincena del mes de Junio próximo.

Entre los novios se han cruzado valiosos regalos.

EL próximo día 24, a las doce de la mañana, y en la iglesia parroquial de los Jerónimos, se celebrará la boda de la bellísima señorita María Victoria Conrado y Villalba, hija del marqués de Fuensanta de Palma, con el ingeniero don Ignacio Fuster.

Con este motivo, los novios están recibiendo muchos regalos por parte de sus numerosas amistades.

En breve será pedida la mano de la encantadora señorita Isabel Carvajal y Santos Suárez, condesa de Portalegre, e hija de los Duques de

CALZADOS "DARSY"

Son buenos.

Sus precios, moderados.

Fernando VI, 12

Aveyro, para el diplomático don Eduardo Groizard y Paternina, hijo del magistrado del Supremo don Carlos.

LA bella esposa del ilustre novelista y académico de la Española don Ricardo León, ha dado a luz un robusto niño, su primogénito.

La princesa de Ligne ha dado también a luz, con toda felicidad, una niña, que hace el número tres de sus hijos, y a la que se ha impuesto el nombre de Yolanda.

Como es sabido, al lado de la bella esposa del secretario de la Embajada belga se encuentra su madre, la Princesa de Poix, que vino a Madrid con tal objeto.

Asimismo se ha celebrado el bautizo de la hija primogénita de los condes de Yeves. Recibió en la pila bautismal el nombre de María de las Mercedes, apadrinándola la abuela materna, condesa de la Viñaza, y el abuelo paterno, ministro de Gracia y Justicia, conde de Romanones.

A la hija recién nacida de los duques de Monalto, le ha sido impuesto el nombre de Agueda María del Carmen, siendo apadrinada por la marquesa de la Lapilla y el marqués de Corvera, tía y abuelo paterno, respectivamente, de la niña.

EL conde de Pozo Ancho del Rey ha estado enfermo con una pulmonía, inspirando gran inquietud a su familia, por su avanzada edad. Por fortuna, ha entrado ya en franca convalecencia.

El respetable secretario tesorero de la Infanta doña Isabel, cumplirá en el verano próximo noventa y dos años.

CON motivo de sus recientes enlaces, los jóvenes duques de Rivas, los señores de Portillo (ella es una Madariaga) y los señores de González y Gil de Santibáñez, han obsequiado a sus amistades con elegantes y artísticos sortijeros de alabastro, creación patentada de la aristocrática Confitería «La Duquesita», llenos de exquisitos chocolates de esta Casa.

NOTAS DE PÉSAME

EN Jaén ha fallecido el señor don Lorenzo López de Carrizosa y de Giles, marqués de Salobral, hermano del conde del Moral de Calatrava y del barón de Algar del Campo.

Estaba casado con la marquesa de Santo Domingo de Guzmán, doña Susana de la Viesca y Pickman, de la distinguida familia gaditana, y deja un hijo llamado Lorenzo.

Los señores de Cierva (don Ricardo) han sufrido la desgracia de perder a su hija recién nacida. Con este motivo han recibido muchas manifestaciones de duelo los padres y los abuelos, señores de Cierva (don Juan) y marqueses de Altamira.

Los condes de Trespalacios han sufrido, igualmente, la desgracia de perder a su hija Mercedes, niña de corta edad.

También ha fallecido la distinguida señora doña Emilia Undabeytia y Jiménez, viuda del respetable ex ministro don Fermín Calbetón y Blanchón.

En esta corte ha pasado, asimismo, a mejor vida, después de una larga enfermedad, la respetable señora condesa viuda de Villa Mas.

Nos asociamos al duelo de todas estas distinguidas familias.

Se ha cumplido el primer aniversario del fallecimiento de la virtuosa madre del cronista don Eugenio Rodríguez Escalera.

Con este motivo ha recibido el ilustre *Montecristo*, tan estimado en la sociedad madrileña, numerosas manifestaciones de pésame, a las que unimos la nuestra, muy cariñosa.

Casa RAMOS-IZQUIERDO

TROUSSEAU LAYETTES

Plaza de Alonso Martínez, 2. -- Teléfono 141-J

EN estos días de primavera se ve muy favorecido el Real Club de la Puerta de Hierro, en el que se juegan interesantes partidos de *golf* y de *lawn-tennis*. Los domingos se reúnen a almorzar y a tomar el te en el *chalet* numerosas personas.

El día 12 comenzaron las pruebas del acostumbrado concurso internacional de *lawn-tennis* que resulta muy interesante, ya que en él toman parte los más notables jugadores españoles, en unión de algunos jugadores extranjeros, y las más bellas y diestras jugadoras.

LA *kermesse* benéfica que organiza la Junta de damas presidida por la duquesa de Medinaceli, cuyos productos se dedican al Apostolado de los Centros obreros, se inaugurará el 18 de este mes con asistencia de los Reyes y su augusta familia.

La *kermesse* se instalará en el jardín del palacio de Museos y bibliotecas, y seguirá abierta los días 19 y 20. Habrá tómbola general, puesto de muñecas preciosamente vestidas, puesto de objetos pintados, puesto oriental y de labores de señoras.

Los regalos recibidos para la tómbola son innumerables.

EN honor de la Infanta Doña Isabel y del Infante Don Fernando y la duquesa de Talavera, se ha celebrado una elegante comida en la Embajada de Francia.

Con Sus Altezas y los embajadores, se sentaron también a la mesa, además de los hijos de éstos, el general y Mme. Clark y de su sobrina Mlle. Caporal, la princesa de Poix, madre de la de Ligne; duquesa y duque de Medinaceli, duquesa de Mandas, condesa y conde de Heredia Spínola, señorita de Bertrán de Lis, consejero de la Embajada y Mme. De Vienne, secretario y condesa de Lemur, conde de la Viñaza, marqués de Castel Bravo, condes de Elda y de la Quinta de la Enjarada y vizconde de Cuverville.

El ministro de Suiza, señor Mengotti, ha dado un almuerzo, al que asistieron, entre otros comensales, el embajador de Italia, marqués Paulucci Calboli; consejero de dicha Embajada, conde Tosti de Valminuta; el marqués de Hoyos, el señor García Kohly, ministro de Cuba; el coronel Boissier, el señor Des Gouttes, miembros ambos del Comité Internacional de la Cruz Roja, y el señor Broye, secretario de la Legación suiza.

Y el embajador de Italia, marqués Paulucci Calboli ha dado otra comida, en el Palace Hotel, para conmemorar el cincuentenario de Manzoni.

LAS comidas de moda en el Ritz siguen viéndose concurridísimas. También continúan en el Palace con éxito creciente los té de los miércoles de moda del salón Cortes, a los que asisten muchas damas de la sociedad madrileña.

CON motivo de la enfermedad que padece Su Alteza el duque de Orleans, han marchado a París los duques de Montpensier.

LA marquesa de Perinat se encuentra enferma de algún cuidado.

RESTAURANT IRIS BAR

SEVILLA, 16 TELEFONO 41-27 M.

Almuerzos, siete pesetas; comidas, ocho; cenas, cuatro pesetas desde las doce de la noche. De cuatro a ocho de la tarde, tes; meriendas en el salón del piso entresuelo.

Esmerado servicio de Cervecería en la planta baja

EL PAIS DE "COMO QUERÁIS"

Id a jugar al jardín.

Dijo la madre.

—No tenemos ganas de ir.

Replicó Felipito.

—¿Por qué?

—Porque habíamos pensado jugar a los soldados en casa.

—Vaya, no seáis replicones y haced lo que os mando.

Insistió la mamá, abriendo la puerta del jardín.

—¡Siempre ha de ser lo que le mandan a uno!

Refunfuñó Felipito cuando llegó al jardín con su hermana María.

—¡Cuánto daría por vivir en un país donde pudiera hacer cuanto me diese la gana!

Siguió diciendo.

En esto, Mariquita exclamó:

—¡Oye, mira! ¿Qué es eso?

En el borde de la senda del jardín se alzaba un poste que los niños no habían visto nunca. Y aquel poste tenía una tablilla en la que se leía esta indicación:

"AL PAIS DE COMO QUERAIS"
—¡Bravo!—gritó Felipín—. Ese es el país que yo quiero.

Y cogiendo de la mano a su hermanita, echó a correr por la senda, no tardando en encontrarse fuera del jardín en un país desconocido.

Era un camino muy tortuoso, lleno de baches, en los que se metían los niños, tropezaban y caían.

—¿Por qué no arreglan ustedes este camino?

Preguntó el niño a un viejo que estaba leyendo un libro junto a un montón de piedras.

—¡Porque no nos da la gana!

Respondió el interrogado, y añadió:

—Para eso somos del país de COMO QUERAIS.

—Bueno—dijeron los chicos; y siguieron andando.

A los lados del camino había campos, pero todos estaban muy descuidados y llenos de malas hierbas.

—Pues entre esas hierbas se cría trigo—saltó Felipín—. ¿Por qué no limpiarán estos campos?

—¡Porque no nos da la gana!

Respondió un paleta que estaba tumbado entre unas matas.

—Este es el país de «Como Queráis».

a una niña pequeña.

—La quiero para mí.

Decía la mayor.

—¡Si es mía!

Replicaba la pequeña.

—Pues me quedaré con ella porque me da la gana; para eso hemos nacido en el país de «Como Queráis».

Concluyó la mayor llevándose la muñeca.

Felipín, al ver tales cosas, no pudo por menos de exclamar:

—¡Qué país tan horrible!

Y lo era en efecto. Los chicos y las chicas estaban regañando siempre porque todos querían los juguetes de los demás y nunca estaban satisfechos.

—¡Vámonos de aquí!

Exclamó Felipito, y salió con su hermana del jardín; pero los dos tenían mucha sed a causa del susto, y se acercaron a una mujer que había en la puerta de una casita, para pedirle un poco de agua.

—No me da la gana de dárosela y no os la doy.

Los niños se miraron estupefactos.

—¿Pues qué es lo que dan aquí?

—Un puntapié a los que preguntan.

Rugió la vieja agarrando una escoba.

Entonces María y Felipín decidieron volver más que aprisita a su casa, decididos a obedecer cuanto sus padres les mandasen para que, a su vez, fueran complacidos.

Unas horas más tarde, recordando el lance de la muñeca en el país de Como Queráis, decía Felipín:

—Si por una «pepona» de «a todo sesenta y cinco» se tirande los pelos, ¿qué no harían si se tratara de un frasco de Colonia «Flores del Campo»?

—Andarían a cañonazo limpio, de seguro.

PRINCIPE SEIDARTA

LAS SEÑORAS DISPONEN

HOY DE UNA FORMULA ABSOLUTAMENTE CIENTIFICA PARA BORRAR POR COMPLETO EL BRILLO Y LAS ARRUGAS DEL CUTIS. DICHA FÓRMULA ADMIRABLE SE HALLA CONTENIDA EN LA

CREMA

"FLORES DEL CAMPO"

CAJA: 4,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE "FLORALIA"

Más tarde llegaron a un jardín donde había unos niños jugando.

—¿Podemos entrar?

Preguntó Felipín.

—Como queráis.

Le respondieron.

Y Felipín entró con su hermanita.

María vio un columpio y fué a subir, pero se acercó un chico y la apartó de un tirón, diciendo:

—No me da la gana de que te columpies; quiero columpiarme yo.

Mientras tanto, Felipín se acercó a un grupo que estaba jugando al «foot-ball», pero lo echaron a empujones alegando:

—No nos da la gana de que juegues con nosotros.

Un momento después oyeron llover, y al volverse, vieron una niña grande que quería quitar la muñeca

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{TA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERÍA

Gran Peletería Francesa

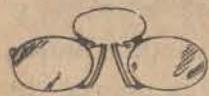
VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURKURES
MANTEAUX

CONSERVACION
DE PIELS

Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14. — Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS

SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
— PARA RESALOS.

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARRROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES.
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31. — MADRID. — Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y 11. MADRID.

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Ostolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

LUIS R. VILLAMIL

AUTOMOVILES

MARMON :: NASH :: ESSEX

Alcalá, 62. — MADRID — Telf. S. 586,

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autrizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Supervivencia.
Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1 duplicado.



TELEFONO 29-51

DEL VIAJE REGIO A BRUSELAS

Fiestas aristocráticas

En el viaje que a principios de mes hicieron los Reyes a Bruselas, se destacaron dos brillantes fiestas aristocráticas: las celebradas en el Palacio Real y en la Embajada de España.

La primera consistió en una comida de gala a la que concurrió lo más selecto de la nobleza belga.

Los invitados reuniéronse en la gran galería del antiguo castillo ducal, que es hoy regia mansión. El palacio es hermoso y elegante, admirándose en algunos salones valiosos retratos y dominando en otros una agradable tonalidad blanca y oro.

Allí se encontraban, en torno a los Reyes belgas y españoles, la condesa de Liedekerke, dama de honor de Doña Victoria, y las duquesas de San Carlos y Fernán Núñez; allí la Princesa de Chimay, la condesa de Oultremont, las baronesas Grenier, Van der Elst y Borchgrave, las marquesas de Villalobar y Aycinena, Mme. Etienne Allard y la señora de Segui; y allí el cardenal Mercier y el Príncipe de Croy, perteneciente a una de las cuatro familias que componen el llamado «salón azul». Además, el ministro, M. Jaspard; los presidentes de las Cámaras, M. Brunet y barón Kint de Rodemároke; nuestro ministro D. Santiago Alba; los marqueses de Viana y Bendaña; el marqués de Villalobar y generales, rectores de Universidades, diplomáticos, escritores y artistas.

La Soberana belga vestía elegante traje de estilo egipcio, *lamée* de plata, con el manto forrado de verde pálido. Como pendientes dos esmeraldas, y sobre la frente una corona rusa de brillantes.

La Reina de España lucía también traje blanco y alta corona rusa de brillantes. Con el Rey Alberto, que llevaba el uniforme de coronel español, y con nuestro Monarca se hallaban el duque de Brabante y el conde de Flandes.

Los invitados al banquete, que ascendían a 150, pasaron al salón de fiestas, en donde habían sido dispuestas tres mesas.

De la conversación mantenida, mientras que la música de la Guardia Real dió un notable concierto de música española, fueron digno remate los discursos de ambos Monarcas, inspirados en un mutuo sentimiento de amistad y en un común deseo de prosperidades.

Al día siguiente fué la comida, seguida de recepción, en la Embajada española.

Hermosa tenía que resultar una fiesta celebrada en marco tan bello como este palacio, suntuosamente decorado por el marqués de Villalobar.

El palacio primitivo y el lindante forman ahora un solo y magnífico edificio. Al exterior, un poco a la manera de los viejos palacios madrileños. El color rojo recuerda vagamente la morada de los Sástago en la calle de la Luna. Tiene su entrada por la *rue Montoyer*, con una cancela de hierro forjado. Siempre hay allí dos *chasseurs* con librea de gala.

El portal que sirve de entrada a los coches y desemboca en la *cour*, tiene las paredes de blanca piedra y todas las puertas de cristales y hierro forjado.

El zaguán, de donde arranca la monumental escalera, está adornado con reposteros con las armas de los Villalobar y contiene una mesa revestida, como las de los viejos palacios señoriales, de rojo damasco bordado con las armas de España. Vese también allí una lápida, sostenida por figuras alegóricas, donada al marqués por las Sociedades benéficas agradecidas a su gestión.

En el piso bajo se halla el despacho del embajador. Adornan los muros cuadros de grandes firmas; cuelgan en puertas y ventanas reposteros historiados de blasones.

Sobre la chimenea, un admirable reloj, «La vida jugando con el tiempo», que fué de los duques de Rivas, y algunos bustos de Sévres. Tras de la mesa de escribir, un tapiz de rojo damasco bordado de oro y plata; colgados sobre él, un retrato del gran duque de Rivas, pintado por él y encerrado en marco de bronce con el Toisón de Oro. También una carta autógrafa

NUESTROS LÍRICOS

BELLEZA

Ojos grandes y rasgados,
que miran medio entornados
con destellos celestiales;
mirar velado y profundo,
a cuya luz se ve un mundo
de ideales.

Boca breve y sonriente,
que frunces ligeramente
y al beso ardiente provoca...
¡Hay quien lucha sin sosiego
por abrasarse en el fuego
de tu boca!

Sencillo y serio, el peinado,
para atrás, algo ondulado,
dejando a salvo la frente;
nada de rizos ni horquillas,
ni peinetas, ni patillas...
tan corriente...

Muy cuidada, alabastrina,
de elegancia giocondina,
sin joyas, tienes la mano;
si en la música te abismas,
parece las teclas mismas
del piano.

Arrogancia y gentileza,
líneas de innata belleza,
que ya canté más de un bardo;
pensadora, idealizada,
como una mujer soñada
por Leonardo.

Doseles, tronos, palacios,
la tierra, el mar, los espacios,
con su grandeza infinita...
la creación divina entera,
yo a tus plantas la rindiera,
por bonita.

ROSENDO RUIZ Y BAZAGA.

del cardenal Mercier con su gratitud y bendición, encerrada en marco antiguo de cincelada plata. Por todas partes, retratos de Regias personalidades presididas por SS. MM. los Reyes de España, los Reyes de Bélgica, el Rey Eduardo, de Inglaterra, y otros muchos. Una vitrina llena de admirables tabaqueras, miniaturas y otros objetos, recuerdos de personas Reales.

En el mismo piso bajo se halla otro salón, cuyas paredes están revestidas de damasco antiguo azul encuadrado en nogal tallado. Varios objetos encerrados en vitrinas, recuerdan la vida diplomática del marqués; una copa de plata repujada, donada por el Gobierno de los Estados Unidos, otra copa de Sévres, donada por el Gobierno francés cuando el marqués de Villalobar representó a España, con el de Alcañices, en la Exposición, y un maravilloso tapiz, cartón de Goya, de la fábrica de Gobelinos, en donativo de gratitud por los trabajos del marqués cuando representó a Francia durante la guerra.

También se ven, en prodigiosas vitelas miniados, los nombramientos de Villalobar, como ciudadano de Amberes, de Bruselas y de Lieja.

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos

Helados :-: Salón

:-: :-: de te :-: :-:

Serrano, 28

Una gran escalera de honor pone en comunicación la planta baja con la principal. La escalera, de piedra, hállase suntuosamente alfombrada de rojo terciopelo. Sobre el barandal de hierro forjado penden antiguos reposteros. Lo adornan viejas banderas, ricamente bordadas; faroles de hierro forjado, dos copias de Velázquez—el Príncipe Baltasar Carlos, a caballo, y la Infanta Margarita—hechas por el gran duque de Rivas, y el busto en mármol del propio Villalobar, vestido de Maestrante de Zaragoza, que le ofreció la nación belga, la réplica del cual está en el Parlamento.

Los invitados de los marqueses de Villalobar dirigiéronse al principio directamente al piso principal, reuniéndose en el gran salón de baile colgado de damasco, botón de oro, con magníficos cuadros de Goya, de D. Vicente López y de Murillo. Los cortinajes son de seda bordada.

Hay muebles suntuosos y antiguas vitrinas. A un lado, un salón de terciopelo azul, bordado de oro, conteniendo ricas porcelanas de China; al otro, un ideal saloncito, decorado a la moda de Carlos IV. Los muebles están tapizados de seda azul, con lises blancas brochadas. Tela parecida a las del Pardo o La Granja. Se ve en este salón un portentoso retrato de la Emperatriz Eugenia, pintado por Winterhalter, y en el marco de talla se advierte una placa con la dedicatoria de Su Majestad al marqués.

También se admira en uno de estos salones un cuadro de Lawrence, regalado a nuestro embajador por el Gobierno brasileño.

En el mismo piso está el Salón del Trono, tapizado de terciopelo rojo con bordados de oro. El Trono y un retrato de S. M. el Rey de España, son sus principales elementos. Es una pieza suntuosa. Junto a él se halla la capilla, en la que existen tallas de mérito y ricos bordados.

En el salón de baile, mientras que llegaban los Soberanos, fueron reuniéndose, según decimos, los comensales, que saludaban a la Princesa Clementina y al Príncipe Napoleón y al cardenal Mercier.

Las mismas personas, sobre poco más o menos, que en la hesta anterior, concurrían a ésta. Damas que antes no hemos citado, como las Princesas de Croy Solre y de Ligne, la duquesa d'Ursel, las condesas de Merode y Archot, Mlle. Bassano y otras, y casi todas las apuntadas antes, se hallaban ya, en unión de las demás ilustres personalidades de la Embajada, cuando los marqueses de Villalobar recibieron a Sus Majestades al pie de la escalera. Ambas Reinas vestían elegantes trajes; ambos Reyes y los Príncipes Reales, lujosos uniformes. La marquesa de Villalobar y Guimarey estaba también elegantísima.

Después de los saludos de ritual, los Reyes y los invitados descendieron, desde el piso principal, por una preciosa escalera, en la que hay ricas sillas de mano de *Vernis Martin* y valiosos cueros labrados, y dejando a un lado el *fumoir*, arreglado a la moda de Inglaterra, pasaron al comedor, espléndido salón decorado a la italiana, con ricas pinturas y vitrinas, donde, entre maravillosas orfebrenías y porcelanas únicas, se ven suntuosos recuerdos que llevan pomposas dedicatorias de gratitud al bienhechor que fué el embajador de España, en nombre del Rey.

Sobre la mesa se destacaban soberbios centros y candelabros de oro y plata y una gran cantidad de orquídeas moradas; teniendo como fondo un espejo, lucía en el centro el maravilloso encaje que las señoras de Bruselas regalaron al marqués de Villalobar, en testimonio también de agradecimiento.

La comida fué espléndidamente servida.

Al *après dîner* concurrió luego el Cuerpo diplomático entero, en el que se destacaba la Princesa Rúsoli de Poggio Suasa, señora del embajador de Italia.

También se hallaban la Princesa de Chimay, la condesa Jolly-Kinlant, las baronesas de Grenier y de Van der Elst, ésta con su encantadora hija, madame Etienne Allard, y su hermana política; madame Bauer y su hija, casada con un distinguido diplomático; la condesa de Oultremont, la señora de Yebra, esposa del cónsul de España en Amberes; madame Simoineu, madame Carton de Viart y su esposo, el ex presidente del Consejo belga, y otras personas.

Fué, en suma, una brillantísima fiesta.

IMPRESIONES

HAY momentos en los que aún amando la vida activa de la ciudad, su alegre bullicio, añoramos sin embargo la paz de la aldea o la dulce melancolía del valle que unos días, quizás algo lejanos, hemos gozado; mas no hay evocación tan vigorosa, que avive tanto su recuerdo en la mente como la de la montaña; quien vió, siquiera una vez, su agreste belleza y sintió su angusta grandiosidad no puede jamás olvidarla. ¡Montaña, querida montaña! Al poner el pie sobre tus riscos, al dominar las crestas sobre tu cumbre, el creyente afirma más su fe, el que camina entre las tinieblas de la incredulidad, en su alma se hace la luz, porque ante la grandeza de tu paisaje, al borde del abismo, ante obra de tal magnitud, es inútil negar que existe un Ser Supremo. Un Dios.

Evocando a la hermosa ausente se renueva en mi memoria el gratisimo recuerdo de aquella excursión a Gredos, ha tiempo realizada, y, dejando volar mi pensamiento hacia aquellas lejanas cumbres, ante las que sentí una de esas sensaciones tan profundas que será inolvidable porque dejó huella en el alma, contra la que es impotente el paso destructor de los años. En mi fantasía creo hallarme nuevamente por tierras castellanas.

El metálico sonsonete de los collarones interrumpía el nocturno silencio de las solitarias calles de Avila sobre las que giraban impacientes las ruedas del coche. Cesó al fin al agrio tintineo ante el portalón de la Fonda del Jardín, aguardando en él, hasta que la voz vibrante de un gallo, anunciándonos la madrugada, fué acallada por las estridencias de un motor. Cuando en veloz carrera nos alejábamos de la ciudad, el negro velo empezaba a rasgarse, las sombras huían ya ante una nueva aurora; sobre el claro azul del cielo comenzaban a destacarse las oscuras siluetas de las viejas murallas, alzándose arrogantes, altivas, vigorosas todavía, sobre las extensas llanuras, y, al llegar a la Venta de Píñilla los rayos anaranjados del astro rey, penetrando por los sucios cristales de las ventanillas del auto, ponían en nuestros rostros un extraño colorido.

¿Cómo olvidar el bello horizonte que mis ojos vieron? Una extensa cadena de montañas parecía huir, huir de nosotros; y, a nosotros nos enardecía la persecución. ¿Cómo no recordar aquel bello recodo de la carretera en el que una enorme roca erguida con toda la gallardía de un fantástico castillo aparentaba querer oponerse a nuestra vertiginosa marcha, mientras allá, en la dulce placidez del valle, las cristalinas aguas se deslizaban entre la fresca hierba, siempre vigiladas por los grandes ojos de los puentes! ¿Cómo olvidar la típica venta del Obispo en cuyo enorme portalón de agudas piedras desentuméciamos las piernas después de cuatro horas de quietud, reponiendo más tarde nuestras fuerzas sentados sobre los largos bancos ante la interminable mesa de amplio comedor?

Rodaban lentas aunque incesantemente las ruedas de la coquetona jardinerita de Polis; al acompasado sonar de los cascabeles fuimos pasando por aquellos pintorescos pueblecillos, no tardando en divisar en una profunda hondonada el extenso pinar de Navarredonda, cuyas verdes copas, al parecer unidas, semejaban una enorme esmeralda; más tarde la Iglesia con su torre, que tiene por base tan solo una rapada piedra y dá desde lejos, la sensación de estar en eterno y peligroso equilibrio. Un ¡Sóooo...! dicho amigablemente hizo detener al cabo el vehículo en el patio del simpático Justo Muñoz. Habíamos llegado a Hoyos del Espino, centro de nuestras operaciones, como si dijéramos.

¿Qué cerca creíamos tener ya la deseada montaña vista desde la ventanilla de aquel familiar despachito en donde se planean las excursiones a la hermosa laguna; y, sin embargo ¡qué lejos estaba!

Empezaba el sol a dorar la tierra con sus destellos, cuando al rítmico caminar de los caballos partía la caravana guiada por expertos y simpáticos guías. Aunque nuestra marcha nada acelerada era, no tardamos mucho en ver reproducidas nuestras siluetas en las diáfanos aguas del Tormes según pasábamos por el erguido puente, hallándonos al salir de éste, entre los

corpulentos, más jóvenes pinos, pues los más viejos, los pobres ancianos, no siendo respetados por la a. u. bición, sucumbieron bajo la mano del hombre que en su afán mercantilista olvidó cuanto bien le proporcionaron; y, tras de hacerles morir los entrega a la moderna máquina que los deshaga hasta convertirlos en tablonés; por los que le darán mucho dinero, mucho. Es la eterna ley; para que triunfen unos es necesario que perezcan otros.

Nuestros pulmones, largo rato saturados de resina, empezaban a percibir el beneficio del romero, del cantueso, arbustos entre los que nuestros caballos, locos por el picor de las moscas, se meten, para dejar en sus ramas el desasosiego que les martirizaba, obligando a levantar el vuelo de aquella multitud de saltamontes que temerosos de perecer aplastados huían precipitadamente, tropezando con nuestros sombreros, metiéndose, ciegos, dentro de la gasa.

Resbalaban ya las patas de los caballos por la húmeda hierbecilla de pequeños prados, unas veces; otras, se asian fuertemente a las rocas del tortuoso camino, cuando al través de los negros cristales de mis gafas contemplé entusiasmada el soberbio espectáculo de la regia cestería por la que discurrían a la par que nosotros ganados de todas clases, pues con mis faldas casi rozaban puntiagudas cornamentas, mientras veía a las ovejas apiñarse para resguardarse del sol y a las cabras triscar ágiles por los abruptos riscos. Los mastines, recelosos a nuestro paso, lanzaban al aire su ronco gruñir; allá en la lejanía el incansante revoloteo de los cuervos, semejaban innumerables puntitos negros sobre el claro azul del cielo.

Tras varias horas de cabalgar llegamos al refugio, echamos pie a tierra ante la enorme piedra que a su lado se alza vigilándole incansable.

Reparadas un tanto las fuerzas volvimos sobre la silla, emprendimos de nuevo aquel árido sendero en el que apenas cabían las patas de nuestros caballos los cuales sin necesidad de recibir la orden de la brida marchaban al borde del abismo con la misma pericia de los guías, solo al mío un ligero tropezón le hizo irse de manos en el momento que admirados contemplábamos todos, como en una gran llambria de aquellas, casi vertical, sosteniase derecha, en actitud hostil, luciendo con gallardía la hermosa cornamenta, una cabra montés. Mas pronto la solícita ayuda del guía dispuso en mí todo temor a una caída volviendo confiada a extasiarme de vez en cuando viéndolas saltar valientes de risco en risco, o cómo, a través del inmenso celeste, cruzaba sobre nosotros abriendo sus grandes alas de obscura pluma la reina de las aves cuyo nido guardan crispadas crestas.

Cerca de la laguna, en una pequeña plazaleta muy próxima, entre las peñas abrasadas por el fuerte sol de agosto comimos, bebimos el cristalino líquido del regato que silencioso se deslizaba bajo aquellas, y, cuando hubimos reposado algo, nuestros vigorosos caballos, ya que no briosos corceles, dieron prueba de su resistencia adhiriendo sus cascos a las piedras de aquella violenta pendiente, tan peligrosa, hasta la misma laguna, a la que llegamos sin desagradable incidente.

Unida entre las montañas, rodeada de desiguales relieves roqueños parece la gran charca fino espejo en pomposo marco tallado.

Cuando de regreso llegábamos nuevamente a la puerta del refugio, el sol empezaba a sumirse en su acostumbrado sopor, la luz violeta cada vez se debilitaba más hasta que el bello ocaso inolvidable, sucedieron las primeras sombras transformando en gigantescos monstruos, en pavorosos fantasmas, los múltiples peñascos.

La luz rosada del nuevo día volviendo todo a su ser, hace desaparecer las fantásticas siluetas cual nube de humo que se disipa y al matinal gorjear alegre de los diminutos pajarillos serranos, siempre bordeando abismos, en peligroso pero firme andar, tornamos al pueblo en donde quedó en el curioso Album, grabado bajo la augusta rúbrica de trazo vigoroso, el pensamiento que apenas mi pluma supo expresar.

Mientras nos alejábamos del lugar resonaba aún en mis oídos el golpe del peñasco lanzado a las profundidades por el ímpetu travieso de mi joven guía. ¡Cómo me emocionaba otra vez creyendo escuchar el eco de su ronco zumbir!

Montaña. No podré olvidarte. Y si algún día pudiera alejarme de la maldad humana, sobre tu cumbre haría, como las águilas, mi refugio.

HESPERIA.

EN VALENCIA

GRATA fué entre las fiestas organizadas en Valencia con motivo de la coronación de la Virgen de los Desamparados, el baile con que los marqueses de Benicarló obsequiaron a los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria.

La brillante fiesta, que tan apropiado marco tenía en la señorial y artística morada, constituyó el número aristocrático del programa.

A las diez de la noche comenzaron a llegar los invitados al hermoso palacio; y al entrar los Reyes, que fueron recibidos en la forma protocolar, habiéndose reunido en los elegantes salones toda la aristocracia de Valencia y los madrileños de distinción que en la ciudad se hallaban.

En el palacio se admiran muchas notables obras de arte. El gran comedor es de estilo Regencia, y lo adornan magníficas lámparas y vitrinas con bandejas y rica colección de plata.

En la sala que precede al comedor, de gusto Luis XV, llaman la atención hermosos cuadros de Mengs de Menéndez y retratos de Felipe V y de su esposa. También hay una Purísima de Maella, sobre un precioso mueble.

En el salón rojo se ven dibujos de Cano, López y Palma, «el Joven». En las vitrinas se guardan antiguos abanicos, uno de ellos con una vista del Prado de Madrid, de principios del siglo anterior; alhajas valencianas y miniaturas.

En el despacho hay una tabla de Jacómart, hermosísima. En las galerías, llenas de porcelanas de reflejos metálicos, vense telas de Rioxano, Juan de Juanes, Zurbarán, López, fray Maymó y Van Eyck; un tríptico italiano, dos Ribaltas, un Rubens y varios primitivos.

Los Reyes, cuya llegada anunció la alabarda del gran portero de banda, entraron acompañados de la duquesa de San Carlos, marqués de la Torrecilla, general Milans del Bosch y ayudantes, marqués de Zarco y Uzquiano. Don Alfonso dió el brazo a la marquesa de Benicarló, y la Reina tomó el del marqués para entrar en los salones.

El Rey vestía frac con el Toisón de Oro, y la Reina traje blanco, bordado en plata, adornándose con brillantes y esmeraldas. Estaba bellísima. Los Soberanos iniciaron el baile, teniendo por parejas a los dueños de la casa. Después bailaron el Rey con Sara Benicarló y Marichu Villatoya, y la Reina con los marqueses de Tórnos, Monistrol y Pons, entre otros.

Desde este momento se generalizó el baile, no decayendo un instante la animación.

A la una pasaron al comedor Sus Majestades, con su séquito y autoridades. Había dos mesas dispuestas para la cena, y en la primera sentáronse, a la derecha de la Reina, el señor Gasset, la condesa de Villagonzalo, la condesa de Heredia Spinola y el marqués de Vellisca; a la izquierda, el marqués de la Torrecilla, la marquesa de Vellisca, el gobernador militar y el jefe de la Escolta. A la derecha del marqués de Benicarló, la condesa de Alcubierre, el gobernador civil, Sr. Cabello Lapiedra, el marqués de Cáceres y el comandante Uzquiano.

En la otra mesa, a la derecha del Rey, la duquesa de San Carlos, el general Milans del Bosch, la condesa de Montornés y el marqués de Zarco; a la izquierda, la duquesa de Fernán Núñez, el capitán general y el marqués de Sentmenat.

A la derecha de la marquesa de Benicarló, el marqués de Bendaña, la duquesa de Santángelo, el marqués de San Juan de Piedras Albas y el marqués de Sotelo; a la izquierda de la marquesa, el duque de Fernán Núñez, el primogénito de la condesa de Salvatierra, el alcalde y el conde de Montornés.

Además de las personas citadas estaban las marquesas de Tórnos, Borghetto, Villagracia, Cruilles, Colomina, Salvatierra de Alava, Camps, Villatoya, Alós y Almunia;

Condesas de Casal, Finat, Berbedel, Daya Nueva, Vallesa de Mandor, Obedos y Cáceres; Baronesas de Maldá, Llauri, Vallvert; Benitoimer, Almiserat, Cácer, Terrateig, Carrícola, San Petrillo, Viota de Arbá, Antella y Adzaneta; y las más bellas señoras y muchachas de la sociedad valenciana, y de conocidas familias de Madrid y Barcelona.

Después de servida la espléndida cena continuó el baile, lleno de animación.

La fiesta, en suma, fué brillantísima.